

LA CARTERA

CUBANA

Director

VICENTE ANTONIO DE CASTRO.



TOMO 5.

Primer Cuaderno.

Julio 1840.

HABANA.

Imprenta de Barcina.—Calzada de San Luis
Gonzaga núm. 140.

LA

CARTERA

CUBANA

Director

VICENTE ANTONIO DE CASTRO

TOMO II

WATSON & WATSON

1840

HABANA

Imprenta de Barcena.—Calle de San Juan
Gonzaga núm. 140.

Ayuntamiento de Madrid

INTRODUCCION.

Cuando al emprender esta obra en 1838 con la desconfianza que nos debió inspirar nuestra poca capacidad para desempeñarla dignamente, nos lanzamos ciertos de nuestra propia insuficiencia en un terreno espinoso, áspero y en que hemos visto estrellarse á otros mas ventajosamente dotados por la naturaleza que nosotros; aunque es verdad que nos guiaba el mas sincero deseo del acierto y que para ello empeñamos nuestras fuerzas en proporcion al compromiso contraído; lejos estábamos de pensar que nos tocara la buena suerte de haber logrado adivinar lo que á tantos otros no fué concedido: el verdadero gusto de la época en esta clase de publicaciones. Reconociendo de nuevo ahora y reiterando la

espontánea confesion de nuestra inhabilidad, miramos como un voto de indulgencia la tal cual proteccion que se ha dispensado á nuestros trabajos, y sin alucinarnos en esta parte, estamos prontos á reconocer que la debemos á la benevolencia con que hasta aquí se nos ha querido favorecer.

Cuatro volúmenes llevamos ya publicados de esta obra desde que se empezaron nuestras tareas, y si no hay en ellos nada que la distinga de las otras de su género que antes de ahora han aparecido entre nosotros, ni sus páginas van marcadas con los rasgos característicos del talento, que no debimos á la naturaleza; nos será permitido decir, que siempre fieles á la ley que nos impusimos desde el principio, de propagar por este medio las buenas doctrinas morales, literarias y científicas, jamás nos hemos desviado de esta senda, que prescrita una vez y por motivos de racional convencimiento, será siempre la misma que haya de guiarnos hasta su completa terminacion en el año próximo venidero.

Sabemos muy bien que esta sola circunstancia no es bastante para abonarla como era debido y nosotros lo deseáramos en el concepto público; pero tambien es cierto que no siempre la ejecucion alcanza tanto como el deseo, ni la calidad de escritor ha de presuponer necesariamente en cuantos abrazaren esa carrera, la vocacion y el genio que ella pide para cumplirla dignamente y sin los cuales el arte y el estudio poco valen. Satisfechos sin embargo de haber hecho cuanto cabía en nuestra posibilidad en esta parte, si es innegable que el estado de la literatura de un país, no es mas que un reflejo ó la imágen de su estado social; estamos seguros, que ya que carecemos de las altas prendas que caracterizan al escritor y le hacen distinguir en medio de su siglo y su literatura, tampoco se dirá de nosotros que la he-

mos degradado, presentándola bajo el aspecto contumelioso, disputador, acre á la vez y mordicante con que suele aparecer la prensa.

Hemos querido discutir las cuestiones de interés público, ó que por cualquiera otro motivo pudieran ser ventajosas al país; hemos llamado sobre ellas la atención de cuantos se consagran al estudio, les hemos invitado á concurrir con nosotros á este fin, y si aun no hemos conseguido nuestro objeto, si no se ha cumplido nuestra intencion, no será por falta de celo de nuestra parte, sino porqué á este y á nuestros esfuerzos no haya correspondido nuestra capacidad. Al comenzar hoy este quinto tomo no desmentiremos los principios que anteriormente habíamos adoptado, y de que no se nos podrá apartar jamás cualquiera que sea el empeño con que se intente sacarnos del sendero que nos hemos propuesto seguir.

Y lo decimos, porqué se ha pretendido arrastrarnos á una arena que no es la nuestra y que constantemente rehusaremos, mientras esté en nuestro poder. No somos insensibles á la crítica, ni dejamos de apreciarla como un favor, siempre que se nos honre con observaciones juiciosas y entendidas de que sabríamos aprovecharnos sin el temor de confesar nuestra inferioridad, haciendo este sacrificio del amor propio en el altar de la literatura. Pero no es nuestra intencion mezclarnos en contiendas de otra naturaleza que empeñándose se vuelven personales, sin que de ellas resulte un solo bien á la causa de la sabiduría. Gustamos de la discusion amena é instructiva que solaza el animo, é ilustra la razon, pero á la par huímos de aquel espíritu controversista y querrelloso que si fué de moda en otro tiempo en las aulas y Universidades, ha sido en el dia desterrado de toda buena y culta sociedad. Próximos ya

á concluir nuestras tareas y á dejar cubierto nuestro compromiso, ofrecemos de nuevo llenarle como hasta aquí sin faltar á un propósito que es tan firme y resuelto, como será uniformemente seguido por los redactores.



SECCION PRIMERA.

CIENCIAS.

Constitucion médica precedida de observaciones meteorológicas.

MES de Mayo	BAROMETRO Francés.			TERMOMETRO DE Fahrenheit.			HIGROMETRO DE Saussure.		
Días.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañana.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27p. 75	27p. 70	27p. 68	80	50	84	75	81	35
2	.. 68	.. 66	.. 68	80	.. 84	.. 84	.. 63	63	..
3	.. 69	.. 66	.. 67	82	.. 87	.. 50	.. 24	62	.. 55
4	.. 67	.. 67	.. 67	82	75	86	75	88	.. 45
5	.. 85	.. 61	.. 61	82	75	86	50	87	.. 64
6	.. 59	.. 58	.. 58	82	65	86	65	85	.. 75
7	.. 59	.. 58	.. 58	83	55	88	65	85	.. 58
8	.. 63	.. 59	.. 59	84	25	90	95	84	.. 39
9	.. 62	.. 59	.. 61	84	50	90	35	85	.. 50
10	.. 62	.. 60	.. 65	84	25	89	50	86	.. 38
11	.. 68	.. 66	.. 70	83	35	84	50	84	.. 44
12	.. 71	.. 70	.. 73	82	.. 85	.. 50	.. 52	82	.. 53
13	.. 73	.. 70	.. 70	81	.. 86	.. 20	.. 52	75	.. 58
14	.. 70	.. 68	.. 67	81	35	88	.. 50	85	.. 51
15	.. 66	.. 60	.. 64	79	35	83	50	80	.. 58
16	.. 58	.. 56	.. 54	78	25	76	20	77	.. 67
17	.. 54	.. 53	.. 51	77	.. 78	.. 50	.. 77	50	.. 87
18	.. 55	.. 56	.. 56	78	50	77	95	70	.. 67
19	.. 56	.. 56	.. 58	78	50	80	60	80	.. 75
20	.. 58	.. 58	.. 58	80	.. 84	.. 90	81	75	.. 61
21	.. 58	.. 57	.. 53	80	75	81	50	80	.. 66
22	.. 61	.. 60	.. 65	80	20	80	20	82	.. 70
23	.. 66	.. 66	.. 67	80	.. 81	.. 50	.. 81	50	.. 70
24	.. 66	.. 64	.. 64	80	.. 81	.. 50	.. 81	.. 69	.. 68
25	.. 62	.. 60	.. 62	79	75	.. 50	.. 80	10	.. 67
26	.. 56	.. 56	.. 53	78	75	.. 50	.. 80	8	.. 68
27	.. 54	.. 52	.. 53	78	50	.. 50	.. 81	63	.. 67
28	.. 59	.. 56	.. 60	78	.. 81	.. 10	.. 50	66	.. 62
29	.. 60	.. 55	.. 58	78	90	.. 81	.. 81	.. 54	.. 60
30	.. 57	.. 56	.. 56	79	50	.. 80	75	63	.. 58
31	.. 58	.. 53	.. 79	50	.. 81	.. 80	.. 69	.. 66	.. 50

NUBARRONES.—El día 4 de la tarde a las 3, el 5 a la tardecita, el 11 por la mañana, medio día, con relámpagos el 12 a 9^h de la noche.—LLOVISNA.—Insignificantes el 2 y 3 a 3 de la tarde, el 14 a 3^h de idem, el 15 a 8 de la mañana, toda la mañana del 16, el 18 de cuando en cuando hasta el medio día, el 19 a 2^h de la tarde, el 20 a 10 del día idem el 21, el 26 a medio día, idem el 27 a 10 de idem y de la noche, el 28 a medio día y oraciones.—CHUBASCOS.—Todo el 17 de cuando en cuando, el 18 de 3 a 9 de la mañana.—AGUACEROS.—El 15 de 5 a 6 de la tarde con algunos truenos, el 16 a medio día y a oraciones, fuerte toda la tarde del 20, idem el 21 a 10 de la mañana y tres de la tarde, id. el 22 de 12 a 4 de idem el 23 a medio día, idem el 24, idem el 25, idem de diez de la noche del 29 hasta las 8 de la noche del 31, con intervalos de una hasta cuatro horas.

ESTADO DE ***HOSPITALES.***

		MES DE MAYO DE 1840			
ENFERMEDADES.		S. Ambrosio	S. Juan de Dios.		S. Francisco de Paula.
			Presos.	Particul.	
MEDICINA.	Paralisis.....	..	1	2	..
	Epilepsia y convulsiones.....	8
	Mania.....	..	1
	Anginas.....	3	..	3	..
	Gastritis agudas con fiebre.....	63	..	6	..
	Idem crónicas.....	3	..	3	..
	Tifo intertropical.....	46	..	1	..
	Fiebres intermitentes.....	47	1	21	1
	Remantismo.....	2	1	13	..
	Bronquitis.....	64	10	31	..
	Pleuritis.....	3	..
	Neumonitis crónicas.....	24	1	11	3
	Colitis nerviosa.....	2	1
	Idem diarreica.....	24	..	15	1
	Idem disenterica.....	16	1	2	..
	Obstrucciones.....	4	1
	Nefritis simples.....	4	1
	Metritis.....	1
	Peritonitis.....	5
	Sifilis y dolores osteocopos.....	41	..	5	1
QUIRURJIA.	Hidropesía.....	8	1	1	..
	Varicela.....	..	1
	Viruela.....	8	..	1	1
	Contusiones.....	8	2	2	..
	Fracturas.....	2	1
	Heridas de armas blancas.....	4	13	2	..
	Tumores simples.....	10	3	2	..
	Bubones.....	28	..	5	..
	Fimosis y parafimosis.....	3
	Uretritis.....	28	..	1	..
	Estrecheces de la uretra.....	4
	Catarros vexicales.....	8
	Hidroceles.....	1	..	1	..
	Sarcoleles.....	2
	Hemorroides.....	4
	Fistulas del ano.....	1	1
	Ulceras y pústulas venéreas.....	11	6	13	3
	Idem carcinomatosas.....	2
	Oftalmias.....	157	2	5	..
	Erisipelas.....	..	1
Erupciones sornosas y herpéticas.....	67	..	3	..	
TOTALES....		710	47	153	14

HOSPITALES.

S. AMBROSIO.

Existencia en 1º de mayo de 1840.....	475	}	1185
Entraron en dicho mes.	710		
Se curaron.	714	}	725
Fallecieron.	11		

Quedaron para 1º de junio. 460
 La mortandad estuvo á razon de 0, 93 por 100.

S. JUAN DE DIOS.

Existencia en 1º de mayo.	244	}	444
Entraron en dicho mes.	200		
Se curaron.	166	}	206
Fallecieron.	40		

Quedaron para 1º de junio. 238
 La mortandad estuvo á razon de 9, 01 por 100.

S. FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1º de mayo.	110	}	124
Entraron en dicho mes.	14		
Se curaron.	6	}	14
Fallecieron.	8		

Quedaron para 1º de junio. 110
 La mortandad estuvo á razon de 6, 45 por 100.

RESUMEN.

De estos estados y de la práctica de los facultativos de la Habana, se deduce, que en mayo de 1840 reinaron las enfermedades siguientes: el orden en que se colocan, indica su mayor ó menor predominio.

Mayo.

Gastritis agudas con fiebre, Disenterias y Erupciones en los primeros dias del mes; y luego — Reumatismos, Diarreas, Fiebres intermitentes, y en los Europeos el Tifo intertropical.

Observaciones prácticas.

Vemos por el primer estado que los calores fueron sumamente rigurosos á los principios del mes, llegando el 7 á las 2 de la tarde á 91º de Fahrenheit. La seca, el polvo, la pesadez del aire que se mantenía bajo una presion casi invariable; todas estas causas juntas obraban en la periferia y en las mucosas, aumentaban la accion visceral, y los vientos del Sud fatigando los nervios, exasperaban el mal estar de los individuos. De aquí vinieron las enfermedades francamente inflamatorias, la actividad de las gastritis, la violencia de las disenterías, la fuerza de las erupciones.

Mas apenas comenzaron las aguas y bajó la temperatura y se aligeró la atmósfera; las enfermedades cambiaron de carácter y de naturaleza. A la disentería, sucedió la diarrea; á las fiebres agudas, las intermitentes; á las erupciones, los reumatismos.

¿Quien á la vista de hechos tan marcados, donde el mas imbécil se persuade de que dependen de las afecciones meteorológicas, desconocerá la importancia del estudio de lo que se llama en higiene *circunfusa*? Puede haber médicos sin el estudio de las causas y de la influencia del aire en las enfermedades? Bastaría ver lo que sucede á un neuropático, á un asmático, á un tetánico, en cuanto se manifiesta una alteracion atmosférica. No hay un solo práctico que no tiemble por la vida de un *pasado*, como se dice vulgarmente, en cuanto el cielo se nubla. El hecho tan sabido del Jesuita que salvó sus compañeros en la China prediciendo la lluvia por el dolor de un callo, los estirones de los que sufren hernias, y otros mil casos; nos manifiestan el íntimo enlace, la influencia prodigiosa del aire en nuestros órganos.

Desgraciadamente vemos las cosas y no sabemos explicarlas. Cuando sucede esto en una ciencia, los hombres estudiosos procuran acumular y clasificar los hechos, inquirir su

relación, y si no les cabe la suerte de explicarlos, son contentos de traer algunas piedras al edificio que otro mas alcanzado levantará con el tiempo. Desprecian los hombres profundamente ignorantes que se rien de lo que no entienden, é imitando á Demócrito á quien sus conciudadanos tenían por tan loco que juzgaron preciso enviar á Hipocrates para que le curara; siguen el camino que su razon les ha trazado, convencidos de que se dará con la verdad á fuerza de investigaciones.

Se han enterrado en el cementerio general:

	<i>Adultos.</i>	<i>Párvulos.</i>
Blancos.	105	60
De color.	119	99
Sumas parciales. . .	224	159
Total general. . . .	283	

LEGISLACION.

Sucesion hereditaria.

Las naciones antiguas consideraban la division de una herencia mas bien como un objeto de política, que como una cuestion de justicia privada. Las naciones modernas, al contrario, apenas han adoptado sobre este punto una ley, que parezca dirigida por otras miras que las de reconocer y arreglar el pretendido derecho natural de disponer de nuestros bienes para después de la muerte. Esta notable diferencia proviene no tanto de la distinta constitucion de los gobiernos, como de la material extension de los pueblos, de los diferentes elementos de riqueza debidos al desarrollo de la industria, y mas que todo de la es-

traordinaria influencia que ha tenido la legislacion romana sobre la de casi todas las naciones de Europa. No intentamos examinar prolijamente las consecuencias que ha producido sobre la riqueza y sobre las costumbres de los pueblos modernos el actual sistema de sucesiones, en que son poco diferentes las leyes del mundo civilizado. Esto nos obligaría á difundirnos demasiado, y al cabo encontraríamos que no es posible asignar de una manera positiva los efectos particulares de un ramo de legislacion aisladamente considerado. Limitaremos pues este articulo á indicar ligeramente las mas importantes cuestiones que presenta á la resolucion del legislador una materia, en que se interesa el mas rico como el mas pobre ciudadano; y procuraremos fijar nuestras ideas, menos por lo que se ha hecho en otros tiempos, que por lo que puede y debe hacerse en los presentes.

La facultad de testar en general es el problema cardinal, que debe atraer nuestra atencion. Es cosa demasiado sabida que la naturaleza no ha podido concedernos un derecho mas duradero que nuestra existencia. Así no necesitamos repetir argumentos triviales para probar que esta facultad es una concesion de la ley civil, y que por lo mismo puede reducirse, modificarse y aun destruirse sin la menor injusticia. Veamos solamente si como algunos aconsejan convendría generalmente la supresion de esta facultad, ó si sería mas oportuno alterar las reglas comunmente establecidas, y en tal caso las bases y el objeto de estas modificaciones.

¿Cuales son los inconvenientes á que da lugar la facultad de testar? Cuales son sus ventajas? Es un inconveniente la multitud de cuestiones judiciales, que tienen por objeto la interpretacion de algunos testamentos, su validacion, su autenticidad; y por consiguiente los fraudes que pueden cometerse por medio de violencias, falsificaciones y redacciones inexatas ó maliciosas. Otro inconveniente es la desigualdad de las fortunas, que necesariamente se hace tanto mayor cuanto mas libre sea el testador para disponer de sus bienes. Esta facultad ataca además la moralidad y tranquilidad doméstica, en cuanto da lugar á injustas predilecciones, á calumnias, manejos reprobados para captar la voluntad de un anciano débil y fácil de sorprender, y en cuanto mancha con un tinte de sórdido interés las atenciones y cuidados que no deben considerarse sino como dulces deberes de la sangre y de la amistad. En fin, suprimida por las

leyes la facultad de testar, es un hecho indudable que los Códigos ganarían en claridad, en sencillez y en volúmen, tanto como hoy pierden de estas cualidades para la necesidad de arreglar las mil y mil cuestiones relativas á legados, sustituciones, mejoras &c.; y la division de las herencias, sujeta á reglas fijas é invariables, no solo sería mas breve, mas fácil y menos espuesta á injusticias, sino que influiría sobre el mayor fomento de los bienes en proporcion de la facilidad de empezar á poseerlos y de la mayor probabilidad de las esperanzas concedidas por la ley.

No faltan sin embargo ventajas que oponer á estos inconvenientes. Un ciudadano sin hijos, vería con dolor que sus bienes habrían de pasar á colaterales ingratos ó desafectos. Un padre justo quedaría privado del arbitrio de recompensar el mérito, como de castigar la ingratitud de sus hijos. La privacion de esta facultad traería consigo la del principal estímulo que nos anima á ser industriosos para aumentar nuestros bienes. Con ella se daría lugar á contratos simulados, á donaciones arrancadas por las mismas artes reprobadas con que puede captarse un legado. La seguridad de las sucesiones disminuiría el respeto y las consideraciones domésticas, sin arbitrio de suplirlas con los cuidados fáciles de obtener cuando son fáciles de recompensar. Aun las cuestiones judiciales no dejarían de ser mas sangrientas, privado el testador de dar las reglas que estimase justas para facilitar la division de los bienes. Y para que la facultad de testar pudiese suprimirse en una nacion, sería necesario que todas las demás la destruyesen tambien; ó los habitantes de la primera emigrarían infaliblemente para establecerse donde las leyes no les prohibiesen el ejercicio de un derecho tan importante como lisonjero.

La última de estas consideraciones es en nuestro concepto la mas poderosa si bien es la que menos toca á las consecuencias directas de la facultad de testar. En efecto, mientras hubiese una nacion en que fuese lícito disponer de nuestros bienes para después de la muerte, todos los demas países quedarían despoblados si en ellos se aboliese la facultad de testar; y como no es probable que unanimemente se adoptase en todo el mundo una medida semejante, debemos concluir que no es posible ni conveniente la prohibicion absoluta. Justo es confesar al mismo tiempo que si prescindimos de esta reflexion; pesan mas en la

balanza de la razon los inconvenientes que las ventajas. Así la consecuencia natural del cotejo que hemos hecho es, que *supuesta la necesidad de no suprimir enteramente la facultad de testar, conviene reducirla cuanto sea posible, y fijar por medio de la ley todo aquello que pueda sustraerse de la voluntad incierta y las mas veces desacertada de los testadores.*

Importaría pues, empezar por limitar la facultad de testar á personas de cierta edad. Ni en la primera juventud, ni en una ancianidad demasiado avanzada, puede usarse de ella con verdadera libertad. Un término medio razonable sería el que exigiese 21 años como *mínimum* y 70 como *máximum*. Algo embarazoso sería determinar la validacion de los testamentos otorgados por personas que sobreviviesen á la edad señalada por la ley; y sobre todo sería cosa dura fingir que subsistía una voluntad espresada en tiempo hábil, aunque de hecho fuese otra la última intencion del testador. Para ocurrir á esta dificultad podría fijarse el *máximum* en una edad todavía mayor, ó hacer que durase hasta la muerte el solo derecho de anular el testamento otorgado anteriormente, ó en fin aumentar de un modo considerable las solemnidades estrínsecas de los testamentos que hubiese de otorgar toda persona septuagenaria. Este aumento de solemnidades, bien entendido y meditado, debería ser extensivo á todo individuo privado de la vista, ó que no supiese leer y escribir, ó que hubiese de testar impedido de suscribir el testamento por cualquier género de enfermedad; y no es necesario añadir que el señalamiento de la edad inhábil debería ser para la mujer diferente que para el hombre hasta cierto punto.

Fácil es concebir tambien que el padre de mas de cuatro hijos debería ser privado de disponer en su perjuicio de mas del diezmo de sus bienes, y que en caso de predileccion hácia alguno de ellos bastaría ampliar esta cuota hasta la quinta parte. He aquí lo que basta para una demostracion paternal. No hablemos del caso en que existan justos motivos de exheredacion. Ella podría tener lugar sin inconveniente alguno, sobre todo si la sentencia del testador quedase sujeta á la confirmacion de un consejo de familia, ó de árbitros especiales que juzgasen irrevocablemente como jurados: tampoco nos parecería ageno de razon, que la dote de las hijas, al pasar á otra familia, tuviese una tasa favorable para sus hermanos y para sus hermanas no casadas, aunque sin muy grave diferencia. Tal vez nuestros princi-

píos en toda su latitud nos conducirían al estremo adoptado en algun tiempo, de escluir enteramente á las mujeres del derecho de heredar: creemos esta medida altamente moral, pero no exenta de inconvenientes; y por lo mismo la reducimos al término indicado. Las leyes españolas, por via de proteccion al matrimonio, establecen principios del todo contrarios. La dote no solo se sostiene aun en el caso de ser necesario suponer una mejora de tercio y quinto, sino que para su cómputo puede escoger la hija la época mas favorable entre la constitucion de la dote ó la muerte del padre. En último resultado puede ser esta hija la única heredera: y lleva además la ventaja de serle favorable el aumento de los bienes de su padre, sin que le perjudique su ruina posterior. La justicia dicta evidentemente que no pueda ser revocada la dote constituida en tiempo hábil y por medio de un contrato consumado: pero pasar de esta línea parece ya un exceso algo notable, y es sin duda alguna perjudicar á los demás hijos, cuyos matrimonios no son por cierto menos dignos de proteccion.

En defecto de hijos legítimos pero existiendo ascendientes, nos parecen bien entendidas las leyes de Toro, que conceden al padre la facultad de instituir á su hijo natural, y la de disponer libremente del tercio de sus bienes.

No dudamos establecer una legítima á favor de los colaterales, á lo menos hasta el 4º grado; y para guardar consecuencia con los principios insinuados, esta legítima podría ser la mitad de los bienes del testador, á quien quedaría la libre disposicion de la otra mitad.

Los que carecen de parientes hasta dicho grado, deberían estar en aptitud de legar todos sus bienes. Convendría empero sujetar sus testamentos á las formalidades extraordinarias que antes hemos propuesto para cierta clase de personas. La herencia de todo hombre rodeado de estraños en sus últimos momentos, es una tentacion tan fuerte como fácil de satisfacer si no se adoptan oportunas precauciones. Y así como entre los romanos era una especie de infamia morir sin testamento, acaso sería prudente que el legislador procurase establecer una opinion de todo punto contraria, concediendo algunos honores después de la muerte á cualquiera que, careciendo de familia, quisiese tácita ó espresamente no tener otro heredero que el estado. No decimos por esto que deba contemplarse como una ventaja muy

considerable toda sucesion abierta á favor del fisco: probablemente un heredero particular sabría sacar mucho mejor partido de los bienes del difunto. Sin embargo, nada sería tan fácil como dar á estas herencias una aplicacion lucrativa y ventajosa bajo el aspecto moral, premiando con ellas cierta clase de virtudes, que podría calificar justamente una reunion compuesta de los padres de familias mas numerosas, escludidos sus parientes, y con las demás precauciones necesarias. Mas esto no toca ya directamente á nuestro propósito. Pasemos á las sucesiones *ab intestato*.

En la línea recta de ascendientes y descendientes, ninguna duda puede ofrecerse. Lo único que debería llamar en estos casos la atencion del legislador, sería la suerte de las viudas pobres y la de los hijos ilegítimos. Nuestras leyes conceden á las primeras una cuarta parte de los bienes, no excediendo de cierta cantidad. A todo hijo ilegítimo se reconoce el derecho de pedir alimentos; y los naturales espresamente reconocidos, tienen señalada la sexta parte, que la equidad de los tribunales suele estender hasta el quinto. —No creemos acertada esta graduacion que en muchos casos da mas á la viuda que al hijo, y en algunos puede hacer mejor la condicion del hijo bastardo que la del legítimo. Digna es de amparo la viuda honesta y pobre; mas si sus hijos son los herederos, á ellos toca alimentarla de todos modos. En caso de pasar la herencia á hijos de otro matrimonio, justa sería una asignacion alimenticia, prudentemente señalada por el juez; pero nunca una cuota fija, y nunca sobre todo una cantidad mayor de la que pudiese tocar á cada uno de los herederos. Estas mismas consideraciones deberían tenerse presentes respecto de los hijos ilegítimos. ¿Porqué asignarles una sexta parte, cuando son seis ó mas los hijos legítimos? Porqué limitarles á esta cuota, si los herederos son ascendientes? En el primer caso, lo mas justo sería concederles alimentos proporcionados á todas las circunstancias atendibles. En el segundo, nada tendría de irregular que se dividiesen los bienes entre los ascendientes y los hijos ilegítimos por el mismo principio que concedería al padre la facultad de escoger su heredero entre unos y otros. Entiéndase, sin embargo, que hablamos siempre de hijos ilegítimos *auténticamente reconocidos*, y respecto de los padres, no de las madres. Toda indagacion de paternidad, sin un reconocimiento solemne de parte del padre, es peligrosa, cuando no absurda; y

lo mismo decimos en cuanto á la madre; aunque nos parece de toda precision que la herencia de esta pase completamente á los hijos ilegítimos, con exclusion de los ascendientes. En esta parte no podemos menos de adoptar el espíritu de las leyes que nos rigen.

No así en cuanto al derecho de representacion, concedido en los primeros grados de la línea colateral. ¿Qué fundamento puede alegarse para que sus sobrinos, hijos de distintos hermanos, hereden *in capite* siendo solos, y al contrario *in stirpem* si existe un hermano? Aun en la línea recta descendiente no siempre puede esplicarse la justicia del derecho de representacion. En la colateral, fácilmente se comprende que el hermano del difunto sea llamado á heredar la misma cuota que le cabría si viviesen los padres de sus sobrinos: pero que estos dejen de heredar *in capite* entre sí, por la circunstancia de vivir un tío, cuya muerte ó existencia no aumenta ni disminuye la relacion que hay entre sus derechos respectivos, es lo que no admite sino soluciones escolásticas y de mera sutileza. Herede la tercera parte el tercer hermano del difunto; mas el resto debería distribuirse con igualdad entre todos los sobrinos, como si fuesen hijos de un mismo padre. Ni distamos mucho de aplaudir la ley de cierto pueblo antiguo que llamaba de preferencia los hijos de la hermana á los del hermano. Esta disposicion se apoya en el mismo fundamento que la de heredar á la madre, con mas amplitud que al padre, los hijos ilegítimos; pero pugna por otro lado con la tendencia que nos parece debida, á aumentar el número de los herederos para la mas igual distribucion de las fortunas; y esto nos decide á no proponer que se adopte aquella diferencia.

Mas allá del cuarto grado, admite la legislacion actual los colaterales hasta el décimo inclusive, siempre que no existan hijos naturales debidamente reconocidos, ó cónyuge no separado por demanda de divorcio ya contestada. Nosotros que admitimos á los hijos ilegítimos en concurrencia de los ascendientes, creemos que en todos casos deberían preferir á los colaterales aun dentro del cuarto grado, con mayoria de razon á los mas remotos.

En cuanto á la viuda ó viudo, los admitiríamos sin dificultad para escluir al fisco, y no dudaríamos anteponerlos á los colaterales desde el quinto hasta el décimo grado: pero quisiéramos que estos grados se computasen canónicamente, y que

en lugar de exigirse la circunstancia de estar contestada al tiempo del fallecimiento una formal demanda de divorcio, bastase para escluir al cónyuge una separacion de hecho por mas de uno ó dos años. Aunque esta separacion no sea un acto que merezca la aprobacion del legislador, es sin embargo suficiente argumento para que no pueda fingirse con verosimilitud que el difunto tuviese el deseo de hacer pasar sus bienes al cónyuge ingrato ó infiel de que estuviese separado.

Basta lo que dejamos indicado para que pueda formarse idea de los principios que nos parecen mas respetables en la materia de sucesiones. Fácil es conocer, como antes se dijo, que este ramo de legislacion debe estar en relacion con otros muchos, tales son las donaciones inter-vivos, las dotes y todos los derechos y obligaciones matrimoniales, el estado civil de los hijos legítimos ó ilegítimos, los mayorazgos y fideicomisos y aun generalmente hablando todos los contratos, que por medio de una simulacion reprobada pueden frustrar las intenciones del legislador y los derechos de todo heredero necesario. Nos excederíamos de los términos que nos hemos propuesto, si entrásemos en pormenores sobre cada una de las disposiciones que convendría adoptar para poner en armonía todas las leyes relativas á cada uno de estos particulares. Concluyamos presentando á la reflexion de nuestros lectores, dos ideas que creemos tan exactas como importantes.

Primera: á los ojos de la ley y de la razon no es un mal, ni para las familias puede ser una desgracia (salvas muy pocas excepciones) que los ciudadanos fallezcan sin testamento, antes bien puede afirmarse sin temor la proposicion contraria.

Segunda: el principal objeto del legislador debe ser la mayor subdivision posible de las propiedades particulares.

Leyes dictadas en el espíritu de estas bases, pueden diferir muy poco en pormenores locales; y si al mismo tiempo se cierran las puertas á la oscuridad y torpe redaccion de los testamentos, haciendo que su interpretacion nunca sea objeto de cuestiones judiciales sino que en todos casos se sometan al juicio de árbitros, ó á una declaracion inapelable y momentánea de jueces superiores; creemos que serían inmensas las ventajas que resultarían al estado, y muy pequeños los inconvenientes que no quedasen removidos.

SECCION SEGUNDA.


LITERATURA.

CRITICA.

Marta la piadosa, el Tartuffe

O ET

EXPOCRITA, Y LA MORIGATA.

 ESTOS tres dramas atacan un mismo vicio, de mucha importancia para el orden social, pues bajo la capa de la religion, encubre el hipócrita todas las torpezas del libertinaje y aun todos los crímenes de la depravacion. Nuestro Tirso trató el asunto con mas ingenio, aunque sin duda con mas abandono que los que le siguieron, en su *Marta la piadosa*, en donde hay tantas gracias, tanta firmeza en el desenlace de las empeñadas escenas que á cada paso crea su rica imaginacion, y en fin un diálogo tan chistoso y fluido, que formará siempre las delicias de todos los hombres de gusto á pesar de sus hinchados y estrambóticos endecasílabos. *Tartuffe* es mas profundo; el plan es mas regular, sin embargo de su mezquino desenlace; el cuadro mas vasto y el pensamiento está desenvuelto con miras mas filosóficas y trascendentales; el estilo no solo es elegante y fácil, sino que muchas veces es elocuente, quizás en demasía en ciertos casos al juicio de algunos críticos, quizás cayendo en declamaciones en algunas escenas, segun lo acusan otros: no carece de chiste el diálogo, pero el poeta español excede sin duda alguna en esta parte al francés, Inarco Celenio (Moratin) en su *Mojigata*, tuvo un plan

mas pobre, y por no sé que fundamento se le acusa de que ni aun siquiera fué original, pues parece que en una antigua zarzuela ya se había presentado una fábula semejante: regular en su coordinacion, como exagerado observador de los preceptos Aristotélicos; fué sin embargo variado y aun rico en los caracteres, impresos con tal sabor de verdad, con tal barniz del tiempo y de las costumbres en que escribía, que seran siempre un modelo en que se estrallará la servil imitacion: el diálogo es igualmente propio y elegante, su lenguaje el mas castizo y correcto, y tan vivo y acomodado á las circunstancias, que admira por su verdad, sin ser trivial ni chavacano; y aun no pocas veces se eleva al *tumido ore* de Horacio: así pues la *Mojigata* será en todo tiempo una obra de primera clase en su especie, una pintura fiel de la manera de vivir de ciertas clases de gentes á fines del siglo XVIII en España, y un modelo de gracias y de sana moral: no hay que temer se cumpla en esta ni en ninguna de las comedias de nuestro Inarco, la pedantesca profecía de Salvá.

Vemos pues que las tres piezas en que dos poetas españoles y uno francés, han atacado la odiosa hipocresía, son de primer orden, y honraran la literatura en todos los siglos. Vemos tambien tres cuados distintos de diferentes caracteres; los franceses del *Tartuffe* son otros hombres que los españoles del tiempo del P. Tellez ó de la época de Moratín: y los de este, ya obran y hablan de distinto modo á fines del siglo XVIII, que lo hacían los de mediados del siglo XVII; pero todos creyeron oportuno ridiculizar un vicio que degenera en crimen y que mina secretamente los fundamentos del orden social. Los matices distintos que se advierten entre los tres hipócritas, depende del tiempo y de los lugares en que se suponen; pero en el fondo siempre producen el mismo mal. Los dos poetas españoles han escogido mujeres para sus protagonistas, y entre estas la de Tirso se ve casi arrastrada por su pasión á continuar en aquella superchería: la de Moratín es mas maliciosa, y su corazon mas indiferente á toda pasión, porqué al fin la que es susceptible de apasionarse, no está lejos de la sinceridad y de la manifestacion franca de sus verdaderos sentimientos. Da. Clara no es así, es refinada en su malicia; es que trastorna la casa y hace daño por complacencia, y lo mismo anda en chicleos con el cabo de la bandera, que quiere casarse con el grosero y vicioso D. Claudio, porqué es liviana y no afectuosa. Yo creo que estos tintes mas oscuros de la heroína de

Moratin de los que distinguen á *Marta*, se deben á la diferencia de los tiempos: los momentos de crisis que agitan sucesivamente á la Europa desde fines del siglo pasado, no dejan libre la imaginacion para que conciba cuadros pacíficos y agradables; en medio de los mas apacibles, se mezclan siempre tristes nubes que vienen á oscurecer el horizonte.

Tartuffe fué produccion del siglo famoso de Luis XIV, pero en el que ya se iba desenvolviendo el monstruo odioso de la hipocresía, y amenazaba levantar la cabeza de una manera tan erguida como ejecutó al fin del reinado de este príncipe extraordinario. Molière le preveía y le atacaba de antemano, le atacaba cuando era tiempo todavía, no perdiendo un momento, porque si se tardaba no llegaría con oportunidad; tan de prisa le veía correr en su desesperada ruta. Así es que su obra se resiente de esta mayor importancia en las miras de su autor con respecto á sus dos rivales españoles, y su produccion presenta un cuadro mas vasto en que hay pinceladas sublimes. *Marta* es de las poquísimas comedias antiguas en que el poeta trazó un carácter; pero Tirso lo verificó aquí con maestría: el Dómine Berrio no es inferior á *Marta*: si este drama se publicase ahora, nuestros elegantes le llamarían *comedia de costumbres*, aunque Tirso frunciera los labios al galicismo; pero bien que de *carácter*, que es como se han llamado siempre estas comedias en España, lo es tambien de intriga y se reciente de los lances que ahora se estila denominar *incidentes*, y continuos enredos en que le plugue á nuestros poetas enredarse muy de propósito, para desembarazarse al fin con toda libertad y maestría.

Este es el triunfo de nuestro antiguo drama, junto con el chiste y agudeza del diálogo, á pesar de la cargazon de antítesis y equivoquillos con que solían ensuciar sus finos y penetrantes conceptos, y de la hinchazon y aun estravagante gongorismo con que acostumbraban engrandecer sus pensamientos, en donde al través de estravagancias inauditas, se advierten tambien inauditas concepciones, admirables y sublimes ideas: estos vicios de hinchazon son mas frecuentes en los endecasílabos y sobre todo en la pluma de Tirso, y con mucha especialidad en esta comedia. Inarco Celenio es un modelo de naturalidad y pureza en el lenguaje de sus admirables diálogos; hay chiste en ellos y en abundancia, sin trivialidad, aunque algunas veces no puede negarse que carga la brocha de demasiado color para ciertas pinceladas,

bajo pretexto de que es menester abultar los objetos para que sean perceptibles á lo lejos: pero este símil, tomado de la perspectiva, se entiende cuando á estos mismos objetos acompañan las sombras correspondientes y las líneas de un trazado rigoroso: pero de otro modo el borron queda una mancha en el lienzo, y carece de animacion y de efecto á la distancia respectiva. Algo hay en la *Mojigata* de estas brochadas, y aun quizás mas en el *Si de las niñas*, comedia que es muy superior á todas las de su autor, y donde está aquello del tomo en folio por cada año de la vida del venerable, y para remachar mas pregunta, y ¿cuantos años vivió? con lo que se acaba de embarduar el cuadro: este defecto es tanto mas notable cuanto que Moratin es el poeta de mas gusto y mas correcto de los dramáticos de su tiempo, y aun de los posteriores, si ha de decirse la verdad. En cambio de esto, los caracteres son tan variados y ricos, como descuidada si se quiere y bien poco complicada la fábula, y las escenas en su trabazon.

Esta comedia es rigurosamente de la escuela clásica francesa, y si no fuera una pintura muy fiel de nuestras costumbres, no hubiera ocupado tanto nuestra atencion, tan sencillo y vulgar es su asunto: el vicio mismo de la hipocresía en una muchachuela zalamera y embusterona, pierde de su importancia, rebajando así su intensidad, por lo que la *Mojigata* no será nunca un fuerte coercitivo contra este aborrecible defecto. Ni Molière ni Tirso cayeron en este desacierto: el primero porqué escogió un carácter fuerte y un refinado bribon para que causase con sus hipocresías infames una impresion viva y eficaz; y el segundo porqué no se propuso seriamente y como principal fin embestir contra los hipócritas, sino de paso, y en una serie de travesuras de su ingenio, donde se vé que la piadosa Marta dejara sus mojangas si le dieran á su Dómine, y si no la condenaran al viejo y desapasible capitan. Pero los caracteres de Moratin son tan verdaderos y propios que nos sorprenden vivamente á manera de las escenas domésticas de un cuadro flamenco, en que los pormenores espresados al natural arrebatan, aunque el designio en general no sea de suma importancia. Estos caracteres no nos encantan solamente por la verdad, sino por su moralidad estremada: copia de la *Sociedad* de los pueblos chicos que se propuso pintar el poeta, durante la privanza del Príncipe de la Paz, nos espresan ya un viejo obstinado y sin ideas, á quien se le persuade todo, menos lo que es racional: un hijo de familia mal educado,

y calavera, con todos los resabios de la mala crianza, con toda la imprudencia de la tontería envanecida por una parte, y degradada por la otra con los vicios: en fin, hasta el simple demandero de las monjas, todo está copiado de tal modo de lo que existe realmente, que con dificultad los que claman por las escenas del mundo positivo y desean ahuyentar del teatro las abstracciones del poeta, podran encontrarlas mas al vivo. No es decir que Molière sea un mal pintor: aquel magnífico cuadro con que principia su comedia, es de los mas animados y filosóficos: todas las edades, variedad de condiciones, choque de intereses, preocupaciones por una parte, consideraciones por la otra, petulancia de un jóven acalorado, remilgos de una señorita enamorada, chinchorrerías y dicharachos de una criada parlera; todo está expresado de mano nuestra; y sin conocida injusticia y parcialidad, no podríamos negar en esta parte la superioridad del genio de la comedia moderna. Tirso, como ya hemos insinuado, tambien delineó caracteres, pintó situaciones, y en estas la de la epilepsia del Domine Berrio, tiene, además de todo el chiste posible, es una representacion adecuada y de mucha verdad: pero no lo neguemos, en esto es muy inferior á sus rivales, aunque tan superior á sus contemporáneos que descuidaran esta parte interesantísima del drama.

Concluamos este paralelo en que mas que crítica hase tenido por objeto hacer sobre salir los caracteres distintivos de cada una de estas tres comedias, que de por sí tienen un mérito inmenso, y que no pierden nada en examinarse cada una al lado de las otras. Solamente los hombres exclusivos, los que se obstinan en que unas solas formas son las que pueden constituir el drama, prescindiendo de los tiempos y demás circunstancias que han de modificar necesariamente estas formas, no al capricho, no al fatalismo de la estension de la idea dominante de la época, como pretenden los Cousinistas, mal llamados ecléticos, sino de los progresos sucesivos y respectivos á cada nacion, que hacen por precision que lo que es puramente de forma no sea exacto en todas sus partes ni á toda sazón. Así pues cada uno de estos tres dramas tiene lo que ahora se denomina *nacionalidad*, palabra oportunamente adoptada, porque espresa una idea que mal podíamos significar sin este signo, y esta cualidad inapreciable eleva su precio á un grado extraordinario, porque pinta la verdad en casos concretos y positivos, que podemos palpar

y de cuya realidad podemos convencernos: por eso estas obras perderían mucho si se tradujesen, porqué sería imposible conservarles aquel aire de familia y de país que las distingue: y por eso tambien en otro escrito acaba el autor de este artículo de atacar la traduccion del *Tartuffe* hecha por el abate Marchena, y que con el título del Hipócrita se representa en nuestros teatros: y sobre todo la pretension de acomodar á nuestras costumbres y á nuestros tiempos un plan combinado con datos tan diversos y circunstancias tan opuestas. Vemos el cuadro tal como le delineó el pincel del autor: será antiguo ó moderno, será nacional ó extranjero, pero será él: será tal como le emprendió el que combinó su plan, y su exámen con estos antecedentes producirá sin confusion el resultado que prometía su designio: de otra manera no solo se nos representan figuras y hechos sin conexion y sin unidad en la idea que se desenvuelve, sino que las mejores producciones del espíritu humano quedan confundidas y mutiladas por la mano imprevisora que osó tocarlas y desquiciarlas de su verdadero puesto.

RASGO DE VALOR

y serenidad de alma.

Habiendo sido hecho prisionero Juan Federico elector de Sajonia, por el Emperador Carlos V. fué condenado á muerte, cuya sentencia se le intimó estando jugando al Ajedrez con Ernesto de Brunwich, su compañero de prision: después de una corta pausa, en que hizo algunas observaciones sobre la irregularidad é injusticia con que procedía el emperador se volvió á su antagonista, desafiándole á concluir el juego, y habiendo jugado con su acostumbrada destreza y atencion, ganó la partida, espresando toda la satisfaccion que se siente en ganar semejantes victorias. Sin embargo, la sentencia no se ejecutó, y él obtuvo su libertad al cabo de cinco años de prision.

SECCION TERCERA.

COSTUMBRES.

Mariano ó la educacion.

Undecima parte.

—Hace bien de casarse Emilio, es un muchacho de mucha razon, tiene un caudal muy lucido que ya maneja, y sobre todo, la muchacha es una perla: bonita como mil flores, laboriosa y muy mujer de su casa, como no se estila por esos mundos, y virtuosa como ella misma: tales ejemplos le dió su madre que haya, y sobre todo una religiosa de Santa Clara que murió en olor de santidad. Dios los haga muy buenos casados, porqué son igualitos como dos gotas de agua: es menester que vayas á darle la enhorabuena de mi parte, porqué á tu padre ¿quien le puede arrastrar para estos cumplimientos? ¡Qué! si en llegando los hombres á cierta edad, se transforman en tigres!

Sin que lo diga, todo el mundo habrá adivinado que habla D^a. Marcela á su queridísimo Mariano, que con el tiempo se hacia mas galan y lindo muchacho, y tropezando aquí y cayendo allá, iba amalgamando las costumbres de su país con las extranjeras que recibió en su niñez, formando un todo bastante heterogéneo, y lo que peor es, indefinible para si mismo y para los demás. Emilio, aquel otro jóven algo mayor de edad que Mariano, y que con tanta oportunidad habia salido á recorrer el mundo, acababa de heredar un caudal considerable por muerte de su madre; pues que hace tiempo que no existia su padre: enamorado de una jóven linda y rica, iba á unirse con ella y á habitar la casa de su suegro, como no deja de acostumbrarse mucho en este país donde rara vez se dota á las hijas; y este asunto ocupaba á D^a. Marcela y á su hijo por la gran amistad que los unía á Emilio.

—Yo deseo la felicidad de mi amigo como cualquiera otro, y su Lolita es muy preciosa, á fé mia; ¡pero ligarse tan jóven con las obligaciones del matrimonio!

—Pues tú, picarillo, cuando tus boberías con Paulita...?

—No, mi querida madre, yo no pensaba en casarme entonces: así se lo dije á mi padre y no me quiso creer; muchas veces se empeña uno en mil locuras por la oposicion que encuentra cuando menos se lo espera y cuando viene menos al caso; yo me figuraba que estaba enamorado de Paulita, pero ella tuvo buen cuidado de sacarme de mi ilusion; ni queria una boda con quien no hacia mas que pasar el tiempo, ni yo realmente la apetezia, porque conocía muy bien que aun no era tiempo.

—Bueno, bueno, lo mismo digo yo; pero Emilio está en otras circunstancias: cuando un hombre llega á cierta edad y tiene todos los medios de mantener su familia con decencia ¿qué puede hacer mejor que unirse á una persona virtuosa, que ha de proporcionarle por precision la felicidad de toda su vida? Yo no quiero que tu pienses todavía en esto; pero sentiria mucho que te parecieses á esos solterones que regularmente no son mas que para sí, y que Dios en castigo de su egoismo, condena á una vida tan enojosa, tan aislada, tan inútil para todo el mundo como la del que no tiene mujer ni hijos, ni vive mas que como el hongo en medio de la tierra. Aun son mucho peores los que huyen del santo matrimonio para entregarse mas libremente á todos los vicios; una vida achacosa, y una muerte anticipada y en el abandono, son la justa recompensa de tan culpable determinacion: no, hijo mio, es preciso casarse cuando Dios lo manda y como lo manda, lo demás sobre muy culpable, es muy triste.

—V. tiene mucha razon, madre mia, pero creo que Emilio es todavía muy jóven para gobernar una casa: ¡ya se vé! si ha de encargar á un mayordomo que cuide de sus fincas, si ha de haber quien le compre, quien le vista, quien lo haga todo en su lugar como sucede á muchos, nada es mas sencillo que casarse; pero si uno ha de dirigir sus asuntos, ya es diferente. Tampoco me gusta el ir á vivir con el suegro: se está entonces en tutela, y ni aun puede uno disponer que le hagan un plato á su gusto, ó que se arreglen de este ó del otro modo las cosas de menos importancia.

—Tambien tienes razon: sí, casarse é ir á vivir con la familia de la mujer, es contraer esponsales con toda la parentela; no se

le puede decir *si ó no* á la señora mia, sin que la suegra, y una por una todas las hermanas, dejen de venir á sostener una empuñada contienda con el pobre novio: el señor suegro se queja y aun grita por los malos tratos que experimenta su hija, los hermanos se agolpan á aquel ruido, y hasta la negrita que destetó á la niña dice mil pestes del infeliz marido: si á lo menos, este tuviese por su parte otro escuadron de parientes que sacaran la cara por él; pero si es solo, pronto dan al traste con su paciencia, no pocas veces con su bolsillo y hasta con su mismo pellejo, pues no hay quien tal resista.

Sabrosa era la conversacion de madre é hijo, porqué este venciendo todas sus prevenciones había conocido todo el fondo de bondad de D^a. Marcela, y esta llena de ternura que la naturaleza y el trato habían aumentado, adoraba á su único hijo que jamás hubiera separado de su lado si no se escuchara mas que á su corazon. Entre tanto llega el mismo Emilio que conocía la excelente indole de su amigo, á pesar de los estravios de la educacion, y que apreciaba mucho á aquella familia.

—Yo no vengo á dar parte de mi boda; ya lo haré con toda ceremonia: vengo á decirlo á mis amigos, á personas que sé han de complacerse en mi ventura como yo mismo,—y después de haber saludado cordialmente á la señora, abrazó tiernamente á Mariano que había salido á su encuentro y dió la mano á D. Vicente que llegaba en aquel momento y quizás por haberle oído.

—Fuera de cumplimientos, amigo mio, fuera de cumplimientos, dijo este; con nosotros tiene V. siempre cumplido, lo que queremos por acá es que Dios le bendiga en su futuro enlace, y vea V. con franqueza en que podemos servirle, bajo el supuesto de que yo nunca ofrezco sino lo que quiero y puedo cumplir.

—¿Si le conoceré yo á V., querido amigo? respondió con efusion Emilio, asiendo las dos manos á D. Vicente; por eso yo no vengo aqui por etiqueta, sino porqué era una necesidad para mí en un momento tan dichoso comunicar con personas á quien aprecio tanto.

—¿Y bien, cuando es la boda? porqué yo quiero bailar un rigodon ¿no es así como se llama, Mariano?

—No señor, *rigodon*.

—Lo mismo es, ello es que yo con mis buenos años á cuesta quiero dar cuatro saltos con este motivo.

—Precisamente hablábamos de tu boda, dijo Mariano.

—Sí, quitándome el pellejo: los pobres novios se ponen en berlina; te aseguro que es menester humor y aun paciencia para soportar todo lo que se dice á uno en este caso; ¡y las pobres mujeres! aun sufren mas: no hay chanza por soez y truanesca que pueda suponerse, que no se le espete á una pobre novia, aunque se ponga de mil colores; yo creo que esto es demasiado, y no veo la hora de que se verifique la ceremonia para coger mi pareja y desaparecer de entre tanto tonto, y de entre tanto gracioso contra la voluntad de Dios.

—Hola, hola, el novio se mosquea, exclamó D. Vicente; pues amiguito, por esas hemos pasado todos, y á buen bocado buen grito. ¡Pues no había mas que coger truchas á brujas enjutas! No señor, si quiere casarse sufra lo que le depare Dios, pues esta es la puerta por donde hemos entrado todos.

—Pero tiene razon Emilio, dijo D^a. Marcela: son muy groseras las chanzas que ocurren á cuatro majaderos que no hallan mejor ocasion para plantarle á una aquellas pullas de las que aun todavia me sonrojo.

—¿Sabes, replicó Don Vicente, que es un sonrojo un poco rancio? Amigo mio, deje todo eso que no son mas que bagatelas que duran un instante: lo que interesa es asegurarse la felicidad en un lazo que una vez estrechado, dura para siempre.

Parece que lo dices con sentimiento, dijo D^a. Marcela.

—No, te prometo con verdad (ya sabes que nunca miento) que si volvieran á repartirse iguales cartas, haría la misma jugada: tú tienes tus defectillos, yo tambien tendré los míos, pero no hemos sido ciertamente nosotros los que hemos sabido menos sobrellevárnoslos reciprocamente.

—El casamiento le comprendo yo así, dijo Emilio; una íntima y recíproca consideración de una y otra parte, porque nadie es perfecto; y digan lo que quieran esos escritores misántropos, tampoco existe ninguno absolutamente malo.

—Pero sin esa maldad absoluta, replicó Mariano, en la que felizmente tampoco yo creo, suele haber defectos en personas, por otra parte muy apreciables, que chocan abiertamente con nuestro gusto, con nuestra manera de ver; entonces el matrimonio debe de ser una vida de galeras.

—Pero el que se enamora, es porqué no halla nada que se le oponga en el objeto de su amor: al contrario, porqué todo conviene en él con sus ideas.

—¿Y qué, los que se enamoran tienen ojos? La pasión les deja libre el juicio?

—Bah, bah, ¿qué sabes tú de eso, interrumpió D. Vicente: algún riesgo se corre en la prueba, y mas de un ejemplo lo justifica; pero quien no se embarca, no pasa la mar.

—Este muchacho es terrible, añadió la ^{señora} Marcela ¿no se estila casarse en esas tierras donde él se ha criado?

—Ah, sí señora, respondió Emilio, y mientras mas civilizado es un país, mas se procura que las leyes y todo el orden social faciliten los matrimonios, como el estado mas perfecto del hombre y el que mas contribuye á la buena moral y á la prosperidad de los individuos y de todos en general. Hay efectivamente en los pueblos muy cultos, y esta es la señal mas segura de que tocan ya á la corrupción, seres degradados que viven en un aislamiento perpetuo sin gozar mas placeres que los del vicio, sin mas relaciones que consigo mismo: sería entrar en un abismo si se penetrase en el horror de estas vidas improductivas ó abismadas en el cieno de la torpeza y en las consecuencias de tal depravación; pero lo repito, las leyes y toda la perfección de las instituciones mas sabias, no tienden mas que á aumentar estos sagrados enlaces, que una mala legislación estorba produciendo la miseria, la degradación y toda clase de abominaciones.

—Yo siempre lo he dicho, exclamó D^a. Marcela: en viendo á un viejo soltero de estos que llamamos *cotorrones*, al instante desconfío de su corazón; así es que Dios permite, si es que junta algunas riquezas, que las arroje al fuego del infierno.

—O lo que es lo mismo, añadió riéndose D. Vicente, á escribas y fariseos.

—¿Qué desgracia, continuó Emilio, no tener un hijo en quien reproducir su ser, cuyas manos cierran sus ojos al morir!

—Sin duda, dijo D. Vicente, pero ¿qué afanes para su educación! Qué difícil es conducirlos por un camino seguro para que lleguen á su felicidad! Este es punto muy digno de meditarse, Emilio. ¡Los hijos! los hijos!.. muy agradable es tenerlos, pero dan unos cuidados!

—Sí señor, dan cuidados, respondió Emilio; pero la mayor parte de las veces porque abandonamos su educación; ó lo que no es menos perjudicial, porque le damos una dirección falsa: queremos llegar á un punto y los enderezamos por el opuesto;

después nos quejamos de los pobres muchachos, echamos la culpa á su índole, á su complexion, á ese fatalismo de la organizacion que obliga absolutamente á que el hombre sea tal en sus acciones como exige de él su organizacion fisica; error, error funesto y que arrastraría á las mas terribles consecuencias: la esperiencia lo contradice abiertamente, y la educacion y las leyes y todas las instituciones sociales, producen hombres de este ó del otro modo, pero con una uniformidad admirable en general, á pesar de que cada uno tenga sus protuberancias, sus huesos y sus cavidades dispuestas con tales ó cuales diferencias. Es preciso pues educar al hombre, formarle, disponerle para la sociedad en que ha de vivir; y cuando se ha pensado seriamente en esto, y cuando sin omitir sacrificio ni desvelo se ha ejecutado todo lo que debe darnos el resultado apetecido, entonces los hijos no son una carga molesta, son el mayor consuelo que puede tener en la tierra el corazon sensible de un hombre de bien.

—Y dígame Sr. Emilio, preguntó con una cierta sorna la buena de D^a. Marcela, ¿convendrá que apenas diga el niño *papá* y *mamá* le arranquemos de nuestro lado, para que allá en donde, Dios me perdone, se lo transformen á uno en cuacaro ó en hugonote....?

—¡Marcela! le gritó D. Vicente, no sin bastante enfado.

—¿Como apartarle, Señora mía? Mientras la tierna edad de los niños, no deben tener ni mas nodriza, ni mas niñera, ni mas maestros que sus mismos padres; y el que no piense así, no merece tener hijos: un padre está forzado muchas veces á separarse de este deber sagrado, porque su posicion social le llama imperiosamente á otras atenciones de las que depende la subsistencia de la familia; ¡pero una madre!.... Dios mio! La madre que se aparta un instante siquiera de sus tiernos hijos, la que los fia á manos mercenarias, á manos envilecidas con la servidumbre..... en fin, la que los abandona por los placeres, por los devaneos del mundo.... esta no es madre: que no se queje luego de los afanes que le dan sus hijos, que no estrañe que sus lenguas prorrumpán en abominaciones por primeras palabras que las primeras ideas que penetran en su alma sean de orgullo ó de humillacion, de fraude y de impureza; ellas lo han querido: no le dieron el jugo de su pecho por no ajar la delicadeza de sus mejillas, no los miraron sino alguna vez cuando

no tenían alguna fruslería del mundo en que ocuparse; aquellos seres degenerados no son sus hijos, no son hombres; los abrumarán después á pesadumbres.

—Eso no, mi querido Emilio, dijo doña Marcela; yo he querido alimentar á mi hijo con mi pecho, pero mi complexión, el clima... las blancas tenemos aquí casi siempre la amargura de no poder ser madres enteramente de los hijos que parimos.

—Yo no hablo, continuó Emilio, de casos escepcionales; y como V. he visto á respetables madres, que se han aventurado á todo por criar á sus hijos, y que no los han arrancado de su seno sino con lágrimas de desesperacion, y cuando veían que iban á perecer allisn nutrimento y sin vida.

—Todo eso está famoso, dijo don Vicente, y bien creo que mi amigo don Emilio ha consultado bastante todas estas materias al tiempo de ir á tomar estado; pero me permitirá que le observe que conviene el que los muchachos se crien despegados de los mimos y de las demasiadas complacencias de sus padres, por que si no, son voluntariosos, exigentes y no hay quien soportar pueda un niño lloron, que después se hace un antojadizo y desvergozado, y termina por ser un maulonque de nada sirve en su casa sino para matar á pesares á sus padres, y en su país, sino para aumentar el número de los vagos.

—Sr. don Vicente, yo he hablado de la tierna edad de los niños, y estoy plenamente convencido de lo útil que es la educacion pública en cuanto á los varones, para oponerme de ninguna manera á ella; pero no nos ofusquemos: ni esta educacion general conviene á los parvulitos, ni la reciben en realidad, sino la dureza de que los rechaze el seno paterno cuando debiera abrigoarlos mas. Llegados á una edad competente yo seré el primero que envíe á mis hijos á las aulas públicas, á los colegios donde se desprenden del círculo limitado de las ideas domésticas, para entrar en el estenso y general que han de recorrer en el mundo: ni las riquezas ni la vanidad me detendran para preferir esta crianza adecuada á las necesidades sociales, á la limitada á las preocupaciones; el hombre ha de formarse para la sociedad, y ha de robustecerse física y moralmente para esta vida pública y de agitacion que le haga útil al estado, y no le coloque por una serie de ideas en contradiccion de lo que le rodea: quiero que mis hijos sean ciudadanos, pues para eso han nacido, ¡ojalá que el orgullo y mil preocupacioncillas aun

mas ridículas no ofuscaran á los padres que mas oportunidad tienen de facilitar esta educacion á sus hijos, hasta el término de no criar sino seres en guerra abierta con todo cuanto no son ellos mismos: mas de cuatro males que aquejan á la sociedad y cuyo remedio no se alcanza tan facilmente, se evitarían si un ayo abatido no principiará á ensorberver á los que los empleos y las riquezas bastan luego para hacer muy sobervios: si la vil adulacion no endiosara desde una edad tan tierna á los que el menor pedestales suficiente para persuadir que son dioses!

—¿Y las niñas, Señor don Emilio? dijo doña Marcela.

—No deben nunca separarse de sus padres; de sus manos debe recibir las el esposo; y son tan importantes su pureza, é inocencia que no hay precaucion que baste para conservarlas. Interesamos de lo que parece la virtud de la mujer en el orden de la sociedad; el hombre se purifica al lado de un ser tan digno, todas sus ideas participan de este candor, de esta rectitud; y las buenas costumbres ganan infinito. Por el contrario, quítasele ese velo de pudor, profánese ese altar de inmaculada castidad, y la mujer abate al hombre porqué le corrompe; la sociedad se contagia con esta peste de abominacion, y se pierden las costumbres: pues menester que sus ideas se generalizen como las de los hombres, suelten su manto femenino y se entreguen como Jorge Sand á todos los actos resueltos del hombre; entonces reinaria una confusion deplorable, se quitaría el mayor encanto de la vida, disipando todas las ilusiones que nos rodean, se crearían realidades si, pero terribles!

—Jorge Sand es una mujer, y escribe peor que un hombre, quiero decir, añadió Mariano, con menos miramientos: yo no sé quien gustaba mucho de sus romances y creyéndolos obras de algun militarón desalmado, le regaló una terrible cimitarra.

—Pues no, dijo doña Marcela, nadita me gusta esa especie de marimachos, que lo mismo cogen un abanico que un sable; y siempre que he visto huir á una mujer del trato de las otras, pretestando hacerse las marisabidillas, maldito si me he fiado de su virtud.

Así se continuó este largo diálogo que el moro historiador no ha querido omitir ni menguar una sola linea, porqué contiene porcion de cuestiones que conviene meditar á mas y mejor; y hubiera sido lástima suprimir bajo pretesto de que cansará á mas de cuatro: pues estos tales ó tienen el gusto tan hondo que ya no se les encuentra, ó tan fuera que nunca le han visto.

SECCION CUARTA.

POESIA.

Soneto.

A MIRTILA.

Gózase el prado en el abril florido
 Cuando al brillar el alba deliciosa
 Salpicada de perlas una rosa
 Abre alegre su cáliz encendido.

Salúdala Favonio complacido,
 Alhágala fugaz la mariposa,
 Y ámbar puro la abeja laboriosa
 Liba en su seno de carmin teñido.

Así las gracias que nacer te vieron
 Y tus encantos con placer miraron
 La blanda cuna de marfil mecieron.

Tu lindo rostro con ardor besaron,
 Y amor gozoso abandonote luego
 Su aljaba de oro, con su arpon de fuego.

Fileno.

El Alba.

I.

Los dulces sonos de mi dulce lira
Suenen á orillas del paterno río,
Bajo del verde pabellon sombrío,
Donde se oculta del amor la pira:

Que ya del *Alba* por el rojo Oriente
La luz divina nos anuncia el día,
Y en la espesura de la selva umbría
Trinan las aves melodiosamente:

Su aroma suave la fragante rosa,
Con el perfume del jazmin unido,
Otorga al blando céfiro dormido,
Cuya ala orea con su esencia hermosa:

El cristalino, límpido arroyuelo
Alegre baña la menuda arena,
Y entre las hojas bulliciosa suena
La fresca brisa que bajó del cielo:

Todo es contento y alborozo puro,
Lindas escenas de placer que encantan,
Las flores rien, y las aves cantan,
Rasgando el velo de la noche oscuro.

II.

Por qué es la mayor belleza
En el mundo el día claro:
Causa la luz, alegría,
Y la oscuridad, tristeza:

Así cuando el hombre nace
Y mira el azul del cielo,
Un Eden halla en el suelo
Que á su corazón complace;

Del *Alba* la luz fulgente,
Aquel hermoso arrebol,
Que después aumenta el sol
Brillando por el oriente,

Indica de nuestra vida
El principio luminoso,
De blanda paz y reposo,
Que á los deleites convida.

III.

¡Tierna infancia! edad divina
De candor y de inocencia!
De inefable complacencia!
Flor fragante sin espina!

¡Oh! Quien pudiera gozar
Tus delicias, tus primores,
Como el prado, cuyas flores
Anualmente vuelve á dar!

Entonces; ¡cuán feliz fuera
El desgraciado mortal,
En quien el genio del mal
Con la ancianidad impera!

III.

Torne la luz del *Alba* hermosa y pura
 A esparcir la anhelada claridad,
 Para colmo de dicha y de ventura,
 Eterno bien, comun felicidad:

Pues sin la luz ¿qué fueran los colores?...
 Dó se pudiera la belleza hallar?...
 Rico matiz el *Alba* dá á las flores,
 La luz del *Alba* es la vida al comenzar.

Mi visita al Cementerio.



Lugar tétrico y sagrado,
 Término de humanas dichas;
 Que á contemplar viene el bueno
 Y nunca el malvado, isa.

¡Oh campo! yo te saludo
 Con aquella voz sumisa,
 Y el santo recogimiento
 Que la soledad inspira.

No vengo á adular los restos
 Que tienen losas encima,

Dejad que mis ojos bañen
Otras humildes cenizas.

Recibe, pues, fosa helada
Aquestas lágrimas mías,
Que mi hondo pesar recuerdan
En tanto que el orbe exista.

Jamá tu tierra remuevan
Profanas manos impías,
Ni mas tiempo que tú duren
Las pirámides egipcias.

¡Cuantos que monstruos vivieron
Dejaron efigies ricas!
¡Los imbéciles! presumen
Que el mármol inmortaliza!

¡Oh furor de las pasiones!
Aun después de muertas lidian
Por oprimir á la tierra
Con su pesadez maldita!

Cuando la final trompeta
Del mundo sobre las ruinas;
Hiriendo el aire tres veces,
“ Muertos, á juicio ” repita.

Ante el juez Supremo entonces
No aldrán soberbias piras,
Para encubrirse el horror
De las bárbaras perfidias.

Con pomposas inscripciones
En oro y bronce esculpidas,
Que sole riqueza arguyen,
¿Retorna el hombre á la vida?

Dó estan los héroes que al mármol
Trasladó el cincel de Fidias?

Dónde los Dioses de Grecia,
Ménfis, Cartago, y Palmira?

¡Todo pereció! — no empero,
El eco de dulces líras,
Con que Virgilio y Homero
Cantaron glorias divinas.

Las canciones de un poeta
Conserva el tiempo, y admira,
Mientras mármol, bronce, y oro,
Con su planta pulveriza.

Y las lágrimas del vate,
Cabe la musa vertida,
Como las perlas del alba
Renuévanse cada día.



SECCION QUINTA.

VARIEDADES.


LA JOVEN

DE LA FLECHA DE ORO.

HISTORIA HABANERA.

(Continuacion.)

V.

NTES de pasar á otras cosas, bueno será recordarle al lector, que tras de la silla de Paulina, dejamos de pié un personaje que ya conoce; el mismo que anunció á D. Simon Alegrías cuando entraba de la calle.

Pues bien, los cumplimientos y atenciones que semejante individuo de derecho reclamaba, supuesta la buena cortesía de D. Prudencio y su familia, contribuyó para que no se ocuparan de otra cosa; al menos mientras se informaban de su salud y del objeto de su venida, descada con tales ansias por las muchachas, según hemos visto mas arriba.—Olvidósenos entonces añadir que la mulata, que sin duda estaba en asecho de la primera coyuntura favorable para escaparse de la mesa, hallola á pedir de boca, en la repentina entrada de D. Simon; y sin que nadie la viese, ni sintiese, con el mayor disimulo, á la vista de todos se deslizó por la escalera abajo.

Ella de seguro que iba á tiro hecho, como suele decirse, puesto que apenas abrió un postiguillo interior que mira á la calle traviesa, cuando el mismo jóven de la Alameda que la aguardaba impaciente, asomó por él el pálido rostro:

—¿Qué hay? fué su primera pregunta, hecha con el vivísimo afán de quien teme malas nuevas.

—¡Ah! niño Jacobo: las pretenciones del niño me van costando muy caro.

—¿Porqué causa, mujer?

—La niña se puso tan braba conmigo...! Y lo peor es que yo estoy persuadida que tiene razon.

—¿Pero qué te ha dicho? Cuéntame.

—Yo quisiera que el niño hubiese estado presente, nada mas que para ver el trabajo que me costó el sacarla del cuarto.

—¡Ojalá!

—No la he visto más remolona, ni mas temerosa del frio, del sol, de todo.... que tuve que inventar mil mentiras, y que suplicarle mucho para que al fin se levantara. Todo por servir al niño.

—Agradezco en el alma tus buenos servicios, y....

—Figúrese el niño que ella tiene por costumbre levantarse á la hora de almorzar, y cuando salimos al balcon, apenas serían las seis de la mañana.

—Es verdad. Mas dime, ¿no te habló de mí? no me conoció tampoco? Estábamos tan distantes el uno del otro, que....

—A eso voy. Consentida al fin en lo que yo le propuse, vino al balcon, como el niño vió. Ya en él, juzgué cosa muy fácil que se toparan sus ojos con los del niño, y aunque no me atreví desde un principio á hablarle de la Alameda, porqué no cayera en malicia; con todo, á duras penas pude conseguir que reparara en aquellas otras cosas que le señalaba con el dedo por disimular un poco.

—Efectivamente. Me pareció advertirlo. ¿Y qué mas?

—El niño no conoce todavía á la niña, ni sabe bien quien es. Tiene algunas veces cosas que parecen de loca, y otras que parecen de niña; y eso que ya es una mujer hecha y derecha. Sí señor. Hay dias que está muy mansita, y alegre, y conversadora, y cuanto V. quiera; pero otros que no se le puede hablar, ni peinar, ni vestir. ¿El niño no la vió que parecía que estaba muy contenta y muy entretenida mirando para la mar, para las lomas de Guanabacoa y todo eso? Y luego de repente, no vió tambien el niño, como saltó y echó á caminar para dentro furiosa? Yo, la verdad, sin pensar lo que hacía, la agarré por el túnico y la contuve, que si no, creo que se vá.

—Lo ví, lo ví todo, Anacleta. Ya sé que todo eso y mucho mas pasó; pero tú no me dices lo que tanto me interesa y lo que muero por saber, Deseo que me cuentes hasta sus mas mínimas.

palabras y acciones, luego que tú y ella se quitaron del balcón. De por fuerza, ella te habló de mí, así que Vds. se encontraron por allá dentro solas.

—Iba á eso, lo que tiene es que el niño se apura mucho: no me deja concluir.

—Vamos, habla, que te escucharé en silencio hasta el fin.... Mas acaba: el tiempo vuela, pueden echar de ver tu falta y llamarte á la mejor hora.

—Aunque el niño se fué en el momento de meterse la niña para dentro, yo esperando que volviera me quedé todavía en el balcón, hasta que tuve que quitarme de allí también porqué la señora me llamaba desde su cama. Me preguntó quien había abierto las romanas, pues las oyó sonar, y que si alguna de las niñas se había levantado. Yo le contesté que las romanas las abriría el viento, y en cuanto á las niñas, que roncaban cada una en su catre. Parece que le contentó mi respuesta; puso la cabeza otra vez en la almohada y se quedó dormida.

—Anacleto, ¡por Dios y por sus Santos!—mira que si sigues á ese tenor no tienes cuando acabar.

—Allá voy, niño.—Volví al momento para el cuarto de la niña y me paré en la puerta, indecisa: ella me sintió y me mandó que entrara; no con mal tono. Así lo hice. Figúrese el niño cómo, temblando —Entonces me dijo: que yo la había engañado cual si fuese una niñita con dulces;—que yo no la llevé al balcón para ver la mar, ni la tierra, ni el sol, ni nada de eso, sino con el fin de que la viese el niño á ella:—que no sentía tanto que el niño la viese allí, ó en otra cualquiera parte, cuanto que se figurase que había salido para complacerle;—que yo había entrado en una confabulación con el niño para enamorarla á ella y hacerle perdér el tiempo ociosamente:—que era muy joven todavía para pensar en amoríos, y en fin, que no volviera á darle oídos, ni á llevarle recaditos del niño, porqué lo tendría muy á mal y se lo contaría á la señora, si era preciso. ¡Con que vea el niño todo lo que hay!

—¡Ah! Dios mío! Bien me lo decía mi corazón. Ella no me amará nunca. Yo soy el mas desgraciado de los hombres! exclamó Jacobo, cerrando el puño que descargó sobre un barrote de la ventana, con que tembló toda.

—¡Ay! Yo no sé donde la niña aprendió tantas cosas, continuó la mulata sin hacer mucha cuenta de los apuros y exclamaciones del joven.—¡Cómo lo averigua todo y todo lo sabe! Y

quien no la vé ahí, que parece que no quiebra un plato! Yo, por supuesto que le negué á pié juntillo á la niña todo lo que de mí y del niño creía.

—Mal hecho.

—¡Anjá! con que quería el niño que yo misma me entregara así así, sin más ni más: ¿no?

—Ya se vé que sí. Aborrezco la mentira aunque me favorezca.

—Y luego ¿como nos componíamos?

—¿Luego? Muy bien. ¿Pero no conoces tú, tonta, que de nada nos sirve mentirle hoy, antes nos perjudica, si mañana ha de saber, porqué es necesario que lo sepa, que yo me valgo de tí para hacer llegar á sus oídos mi amor, y mis ausias, y mis suspiros? No conoces tú, que ella aunque no me corresponda nunca, al fin, que tarde que temprano averiguará quien soy, cómo y por donde la conocí, y los resortes que he movido para acercármele? Además ¿cuánto mas útil fuera que tú le confesases la verdad, y de camino le pintaras mi pasión, las finezas que por ella hago; pidiéndole en pago de todo un poco de lástima, si no de amor, para un infeliz? Cuánto mas útil, Anacleta, que mentirle y que apelar á engaños, para obligarla á hacer lo que no quiere, ni gusta? Es preciso que tenemos mas su agravio, que su desden. Por otra parte, no la creo tan dura é insensible que me niegue una lágrima, ya que no una correspondencia amorosa; á mí, que llego á sus piés, cual otro mendigo, pidiéndole un pedazo de pan. Tampoco creo que ella te pegue, aunque te amenaza con que se lo dirá á la señora: sus manos no parecen hechas para el castigo, ni su corazón para oprimir á nadie.

—Pero ahora que me acuerdo, ¿porqué el niño no le escribe? Eso será lo mas derecho y acertado. Ni yo tendría que andarle con mentiras, ni el niño que pasar malos ratos aguardando por aquí y por allí, al sol, y al agua, y al sereno. Porqué...desengañese el niño; no hay cosa como una carta. Digo, cuando está bien puesta. Por dos letricas nada mas, he visto llorar á la niña Gabriela, como si se le hubiera muerto su padre ó su madre.... Conqué si el niño se determina á escribirle, yo desde ahora me comprometo á llevar la carta: todo esto lo hago para que vea el niño que yo deseo servirle. Vamos ¿en qué piensa, que no me responde?

—Pienso en lo que mil otras veces he pensado siempre con tan poco éxito; pues no puedo combatir una idea horrible que

me asalta en el instante de tomar la pluma para decirle lo que siento, y lo que padezco por ella, y lo que la ama mi corazón; como aman los corazones ardientes y apasionados. Creo que pocos son los hombres que guardan discrecion y cordura, hablando de amores á una muchacha, que á derechas conoce: ninguno, cuando derrama sobre el papel el raudal hirviente de sus afectos...; Y yo le temo tanto á la burla, al desprecio, al egoismo de algunas mujeres, á la indiferencia de una alma fria... ¡Ah! No, nunca le escribiré. No vengas á tentarme, Anacleta. Es necesario acudir á otros medios para hacerle entender mi pasión.

—¿Teme el niño, por ventura, que sus palabras y promesas, queden escritas para siempre en el papel?

—De ningún modo lo temo, bien lo sabe Dios. No me hagas de pensamientos tan ruines. Lo que aseguró una vez mi labio, ó mi pluma; lo cumplirá mi alma, ó perezco.

—Pues le declaro al niño en conclusion, que yo no encuentro otro recurso. Porqué si por lo de hoy me ha regañado tanto ¿qué será cuando le diga punto por punto todo lo que el niño quiere? Muy diferente es una carta, que se le puede echar en cualquiera parte.—Pero yo no sé que pensar de la niña. Tiene cosas incomprendibles. Mire. Anoche, cuando el niño se fué de aquí, á poco rato se metió en su aposento, y me mandó llamar para que la desnudara. Mientras le hacía la trensa de dormir, y la cama, estuvimos hablando del baile y de toda la gente que vino. Yo entonces, como por descuido, menté al niño; y ella al momento saltó muy admirada.—¿Qué, tú le conoces?—Pues no bailó con la niña?—Es verdad; mas no creía que tú supieras su nombre, cuando yo ni le he visto nunca.—¿Quién le trajo acá? La niña sabe?—No sé.—¿Y qué tal le parece?—Baila bien; me respondió metiéndose entre las sábanas. Luego, así como media dormida, dijo:—me pidió una danza para mañana en la Habanera... ¿quién sabe todavía si irá...! Y no hablamos mas, hasta hoy muy temprano en que la fuí á despertar. ¡He! para que el niño vea, lo que muda de la noche á la mañana.

—¿Y tú sabes si en efecto va ella al baile de esta noche?

—Creo que sí, porqué ahora mismo acaba de entrar el Sr. D. Simon, que es el encargado de traer las papeletas. ¿Y el niño no va tambien? Mire que la niña tiene mas deseos de ir al baile que de casarse;—si se queda es por las papeletas;—conqué no le digo mas.—Ea, pues, *embállese* el niño y vaya, que la verá allí

muy linda y muy bien puesta, como que la prendo yo, que me pinto sola. Haga por ir, niño, no sea bobo; mire que lo que no se consigue en un baile, no se consigue en ninguna parte. El niño necesita alegrarse un poco. Me da pena verle así tan triste, que parece que se vá á morir.

—Yré, iré si no se opone la suerte, que siempre me ha sido contraria. Mas dime antes de todo, porqué me abraso en la duda, ¿quién es ese D. Simon Alegrías tan chillado de toda la familia? qué papel representa en esta casa? Me trae caviloso é inquieto por demás que anoche él no hubiese hablado con otra que con la niña Paulina, y con su hermana Orocia.

—¡Ay! niño Jacobo, ese D. Simon Alegrías que vé ahí tan chillado y tan así... —Y en esto se quedó la mulata, y echó á correr para arriba, porqué se repetían los silvidos, que era la señal con que la llamaban sus amos; dejando en el postigo clavado al jóven Jacobo Enamorado como el pájaro que ve suspender el vuelo desde las barras de su jaula, al alegre compañero que embelesó un instante y no mas, con su querelloso canto.

Cuando pasó un buen rato, y no pareció por segunda vez la mulata, dió un suspiro, puso los ojos en los cerrados balcones, y triste y lleno de dudas crueles, tomó el camino de su casa;—á la cual no le acompañaremos por ahora, por tener que acudir á otra parte.

VI.

Luego que D. Simon Alegrías pudo ver distintamente todo lo que pasaba á su alrededor, pensó y dijo para sí con aire de profunda convicción:—Vamos, lo que yo decía. ¿Qué significa eso de ponerse como una aceituna, nada mas que porqué se figuró que no le traía las papeletas del baile, y así que las descubré, salta alegre cual una sardina? Eso significa que todas las mujeres, son una misma cosa; que no tienen otro norte, ni otra guía que el interés: significa que la muchacha en lo que menos piensa, es en mí: significa que ella, me tiene como un trasto viejo de su uso; significa que ella es una loquilla incapaz de amor, ni de asiento para establecerse con un hombre honrado, de juicio; y significa que ya voy perdiendo la paciencia, y que si se me sube el santelmo á la gavia, echo á rodar los trebejos.... Pero hágale V. estas reflexiones á su padre.—Dirá que no y que no hasta mañana; que soy caviloso, desconfiado, de poca maña, que

ya la chica está reducida; y que se le trasluce el cariño por cima el pelo de la ropa. ¡Disparate! Qué amor ni qué niño muerto. ¿Donde está esa afición, Sr. D. Prudencio de mis glorias? ¿Como la vé V.? porqué yo ni la apercibo siquiera. Si la muchacha me tiene un adarme de afecto, ¿cómo en vez de guardarse los billetes en el seno, pues se los daba en reserva, los echó sobre la mesa con tanto estrépito? Si como fueron billetes de baile, es una carta, ¿qué peje pillamos?—¡Hubiera quedado fresco!—Nada; está conocida su intencion: aparenta deferencia por un lado, para divertirse por otro. ¿Pues no es fuerte cosa que un hombre de mi suposicion, ande mendigando la mano de una muchachuela, como un miserable dependiente pelon, cuando sin calentarme la cabeza puedo coseguir doscientas que mas cumplan á mi edad y mis deseos? Yo le hacía un favor con distinguirla. Nada, nada. Simon; no te dejes llevar de consideraciones de ninguna especie, púes tu cabeza y tu bolsa lo pagan. D. Prudencio que cargue con su hija, que yo me voy con la música á otra parte. ¡Sobre que no estoy para rogarle á nadie...!

D. Prudencio que le advirtió de aquella manera, fuese paso entre paso por detrás, y le asentó la mano en el hombro, aunque sin hacerle daño; y él como si le sorprendieran infraganti en alguna mala accion, ó como si le adivinaran los pensamientos que á la sazón le ocupaban, pegó un salto con que quedó de pié, frente á frente de su huesped, todo demudado por mucho que quisiera disimularlo. Pero D. Prudencio, no solo no sospechó el curso de las ideas de Alegrías, poco favorables en verdad para su inocente hija, ni formó mal juicio de su sobresalto, sino que al interrumpirle de la enagenacion en que estaba, no fué otra su intencion que la de platicarle un rato, segun tenían de costumbre casi diariamente. Así es que, aunque sonriendo del caso, en fuerza de esa misma costumbre, ambos á dos y mano á mano, se encaminaron á la sala y se sentaron en el sofá.

—¿Y qué tal, amigo mio, se adelanta terreno? Le preguntó de allí á poco arrojando con el tabaco una espesa bocanada de humo.

—Eso le pregunto yo á V., Sr. D. Prudencio, contestó algo mas sereno D. Simon.

—¡Como! ¿Pues no es V. el interesado?

—¿Pues no es V. su padre?

—Ya. ¿Pero no le he dicho á V. por repetidas veces, que en estas cosas me gusta conservar la neutralidad posible?

—Es cierto. Sin embargo, yo esperaba que V. hiciese algo por mí, vista mi inutilidad; pero le confieso francamente que no sirvo para el caso.

—¡Hombre! No le da vergüenza? Es posible que un hombre cual V., criado en el comercio y en el trato de las gentes de todas condiciones y especies, diga eso? Es posible que un hombre de su carácter y cuentas y cuentos, emprendedor y calculista á toda prueba, se confiese nulo para proponerle una mera compañía á una triste mujer? Porque, ¿qué otra cosa es el matrimonio y el amor, sino el deseo de que la persona á quien nos dirigimos celebre con nosotros un contrato de compañía en que el uno pone la industria y el otro el capital?

—Así lo entiendo yo también. ¿Mas qué quiere V?

—¿Cómo qué quiero? Lo que yo quiero es que V. celebre su convenio, sin necesidad de agente, testaférreo, ó cosa que se le parezca, para que en ningún tiempo se llame á engaño; ó por lo menos que no se atenga á lo que yo pueda hacer, para sentar sus proposiciones. Hablo siempre en el caso de que V. no se haya arrepentido.

—¡Arrepentirme, Sr. D. Prudencio! exclamó D. Simon llevándose la mano derecha sobre el pecho. Lo que extraño es que V. que me conoce á fondo y sabe que nunca varío, sospeche de mí semejante cosa.

—Bien sabe Dios que no lo sospecho, Sr. D. Simon. Aunque nada de particular tendría que V. se arrepintiese; porque puede no convenirle el negocio, yo que le estimo demasiado, sentiría que por compromiso fuese V. á celebrar un contrato perjudicial á sus intereses.

—Por lo que es convenirme, me conviene á todas luces: bien calculado le tengo. Afortunadamente la muchacha es hija de V., que con esto está dicho todo: su educación, sus virtudes; cual lo requiere una que ha de ser mañana ó pasado, mujer de casa y gobierno. Ella por otra parte es robusta y sana, de buena complexion, ágil... aunque un poco...—Y aquí se detuvo, y miró á su interlocutor, como para graduar el efecto que sus palabras producían en su ánimo, y seguir ó no seguir, segun pusiese el semblante. D. Prudencio callaba, sereno y grave; D. Simon continuó interrumpiéndose á cada paso, y repitiendo las mismas palabras; es decir, que volvía por activa la oracion que había presentado por pasiva, sin salir jamás del círculo vicioso que con su poca

lógica él mismo se trazara, concluyendo siempre con la frase ambigua de:—*aun que un poco....*

Enfadose al fin D. Prudencio de sus monosílabos y repeticiones, y le dijo:

—Vamos, Sr. D. Simon ¡acabaré de explicarnos qué es ese *un poco* que halla en mi hija, que le hace dar tales traspiés?

—No es nada malo, mas temo que á V. no le parezca bien.

—Pierda V. el cuidado, que yo no me escandalizo, ni me ofendo por nada. Explíquese V. sin rodeos.

—No es la cosa como para escandalizarse, Sr. D. Prudencio, en ninguna manera. La hija es digna del padre, y el padre es digno de la hija; y no podía ser por menos. Confieso á boca llena su gran mérito; tengo un verdadero placer en decir, que mas virtuosa, honesta, honrada y señora de su casa que ella, no la hay, ni sería muy fácil hallarla á tres tirones. Porqué no solo no es amiga de ventanitas, sino que no le gustan mucho los bailes, ni los paseos, ni se anda mano sobre mano, como otras muchas de su edad que yo conozco. No dudo que ella será una buena madre de familia, que llenará con amor todas sus obligaciones, y que fiel al marido que le toque en suerte, económica y santamente le ayudará á pasar la vida en perfecta paz y armonía.

—Todo eso está bueno, y ya V. me lo ha repetido otras veces. Sin embargo, me apunta V. que ella es *un poco* no sé qué, y por mucho que no me espante, ni me ofenda, despierta mi curiosidad de padre; porqué al fin es mi hija, la mas chica de las cuatro... ¿Cree V. que ella no le amará nunca?

—¿Amarme?... Como nada, que digamos, le he insinuado todavía; no puedo, no debo creer que le desagrade mi pretension.

—¿O teme V. que su juventud sea un obstáculo para engendrar algun afecto en su pecho?

—No lo temo, á fé de Simon; antes me persuado que la edad de diez y seis á diez y ocho que ella cuenta, es la mas á propósito para concebir un cariño verdadero, y para enseñarla uno á sus mañas.

—¿Sospecha V. por ventura, que ya esté prevenida en favor de algun otro?

—No tal. Ella no es muchacha de eso: demasiado que lo sé. Ni su madre tampoco creo que la dejaría pasar el tiempo inutilmente.

—¿Luego cual es el *pero* que V. le pone?

—Yo no le pongo, ni le hallo *pero*, Sr. D. Prudencio: para mí es un espejo en que todavía nadie se ha visto la cara; además que ella no es género de contrabando, para que dudemos de su importacion y calidad: tampoco es mercancía que abunda en la plaza: las mujeres de su mérito y prendas, escasean mucho y son buscadas de todos los hombres honrados, que quieran establecerse como lo manda Dios. Señaladamente en estos tiempos que corren, en que no se les enseña otra cosa que el baile, el afeite y el regalo..., debe darse santos con una piedra el que encuentra una buena. Yo, cuando le eché el ojo, sabía muy bien lo que me hacía, Sr. D. Prudencio: la calidad de muchos géneros, se saca por la pinta, y la de las mujeres por la cara. ¿No vé V. que yo la ví nacer, como el otro que dice? que cual V. mismo, qué es su padre, la he visto crecer pulgada á pulgada? qué he asistido á su enseñanza? Es cierto que cuando chica, solía darse mas conmigo, que siempre me traía en boca: D. Simon por acá y D. Simon por allá; pero hay que tener en cuenta su edad, pues es ya una mujer hecha y derecha, de algun... (*discurso parece que iba á decir, mas cambió de pronto la palabra y añadió:*) talento; y como tal, vergonzosa y recatada.

Había tomado tal giro la conversacion, gracias á las estratagemas, ó torpe lógica de Alegrías, que D. Prudencio, aunque reventaba por hablar para traerla á su verdadero camino, no sabía como cortarle los vuelos á aquella lengua desatada sin concierto, ni hallaba hueco por donde colarse. Afortunadamente, de improviso asomó por la puerta del cuarto la jóven de que se ocupaban con tanto calor: acercose donosa y risueña al oído de su padre, hablóle paso, y luego fuese sin hacer mucha cuenta de D. Simon que la contemplaba embebecido, por la misma puerta que entró, tan ligera como vino.

Siguióse un buen rato de silencio y calma, porque Sifuentes no hacía mas que mirar á D. Simon y sonreírse, mientras este le miraba con gravedad y suspension, espresando en todo su semblante el vivo deseo de que se le comunicara la especie que en secreto le había dicho á su padre la muchacha.

—¿A qué no me adivina V. lo que me acaba de decir mi hija? le preguntó D. Prudencio de allí á poco, pues leía claro su deseo, y no era su ánimo mortificarle.

—Mal puedo adivinarlo cuando le habló tan secreto que....

—Vamos, adivinarle no, pero podía V. conjeturar algo, pues es hombre de mundo.

—¿Como? si no estoy en antecedentes?

—Tiene V. razon. ¡Lo que son las mujeres! mejor dicho, ¡lo que son los hombres cavilosos! ¿No decía V. que la muchacha era un poco arisca? Sí; *arisca*, quiso decir V. antes. Para que vea V. que yo se adivinar.

D. Simon pareció autorizar con su silencio la interpretacion dada por D. Prudencio á sus frases ambiguas, y este continuó después de una breve pausa repitiendo las últimas palabras:

—¿No decía V. que la muchacha era un poco arisca, desdeñosa? pues aquí tiene V. que ella misma viene en su nombre y en el de sus hermanas á suplicarme que las disculpa por no salir á la sala, á causa de estarse preparando para el baile de esta noche. Admírese V., hombre desconfiado é incrédulo. Pues cualquier cosilla de esas en una mujer de su edad y modestia, es mucho, amigo mio. Si le digo á V. que ella no le mira mal: y cuando yo me aventuro á asegurar una cosa, sé porqué me aventuro. Anoche nada menos reparé en ciertas demostraciones que no fallan nunca.

—¿Cuales, cuales? preguntó con ansia D. Simon.

—Que se sonreía mucho con V. Yo aunque parece que no miro, veo mucho.

—Ta, ta ta! Pues si precisamente su risa continua, es lo que mas me *encocora*. Ese es el único defecto que yo le hallo: ese es aquel *un poco*, que no me atreví á decirle anteriormente y que V. interpretó por *arisca, desdeñosa*....

Riose de buena gana D. Prudencio, y D. Simon prosiguió algo amostazado y con calor:—No lo tome V. á chanza, amigo mio. No hay cosa que mas me desazone, ni me turbe que la risa en la mujer. La mujer es el animal mas maligno y taimado de la tierra. Repare V. que ellas no lloran, sino cuando no pueden y quieren alcanzar algo; que no se rien, sino cuando quieren burlarse de alguno. Así prefiero á sus risas la seriedad de un cañon: á sus zalamerías la aspereza del erizo.... Esto no lo digo del todo por su niña, que yo sé que es una buena muchacha, hacendosa, bien criada; no señor: y para su edad, pocas, poquísimas pueden comparársele, en cuanto á modestia, compostura y discrecion.... Dígolo para hacerle entender á V. la idea que yo formo de esas risas, que V. traduce por tan buenas señales. Dígolo porqué de-

sería que ella mantuviese alguna seriedad mientras le hablo: esta sí que sería muy buena señal: por lo menos indicaría que pensaba, que rumiaba lo poco que acierto á decirlo.

—Vainos, Sr. D. Simon, no diga V. mas desatinos, por el amor de Dios. Cuidado que no existe hombre mas caviloso, ni mas suspicaz, ni mas desconfiado, ni mas malicioso que V. Desde que se metió V. á galanteador, ha perdido la chabeta. ¿Quiere V. exigir gravedad á la juventud, juicio á la locura, calma al mar, penas al olmo? No ha de reir, si es niña? No ha de parecer viva y loca, si apenas cuenta los 17 de su edad? En fin, señor D. Simon, ya este asunto va tomando una vuelta que me ata las manos y la lengua, si quiero conservar mi puesto; esto es la imparcialidad de que es posible una persona interesada. Yo le aprecio á V.: haré pruebas creo que de ello le he dado: la última, la mayor, era cederle mi hija en matrimonio, y lo hice desde que V. me la pidió, sin titubear, porque me persuado que nadie mejor que V. puede hacerla feliz. Ahora á V. no le parece bien el negocio, y se vuelve atrás: no hay nada perdido, ni yo se lo tengo á mal, porque afortunadamente es tiempo todavía, y este es uno de aquellos contratos en que sobre todo se requiere entera voluntad de ambas partes, para que sea *válido* ante Dios y los hombres. Alégrese sin embargo de que V. se haya esplicado con toda confianza, pues de este modo ni el uno ni el otro tendremos porqué arrepentirnos.

—Esperando estaba que V. acabase de hablar, por ver á donde iba á parar con su discurso. Ante todas cosas, dígame V. ¿quién le ha dicho que yo me he vuelto atrás?

—¿Quién? V. mismo.

—¿Yo! no señor, y perdone que le desmienta. Así ella me amara como tengo deseos de casarme.

—¿Pues si V. nada le ha manifestado en tanto tiempo, como quiere que le ame?

—¿Y quien tiene la culpa de eso?—Mi carácter, mi timidez, mi... Vamos, mi poca maña, cual V. dice, para tales asuntos; pero de ningún modo el poco empeño de que ella me quiera. Porqué á la verdad, no sé como girarle la letra de cambio. Crea V. que cuando estoy á su lado y me viene la idea de hacerle la declaración, me entran sudores mortales, se me traba la lengua, se me enfrían las manos y no acierto á formar una frase que esplique mi deseo.... Está claro: no sirvo para el caso. V. que podía va-

terme de mucho, se niega: ¿qué hemos de hacer? Dígale V. que me corresponda, y verá como dentro de cuatro días á mas tardar me caso.

—Eso no, amigo mio, aunque esté convencido que en casarse con V. se cifra su felicidad. Ella es hija muy obediente, y con sólo que le indicase la especie, lo tomaría por un mandato, de que estoy bien distante;...y tal vez contra sus propios sentimientos aceptaría la proposicion...Mire V. Puesto que está la dificultad en que V. no tiene valor para declarársele de palabra, ¿porqué no le escribe?

—Ya lo había pensado.

—Pues póngalo V. por obra, al momento. Una carta, como esté bien pintada, causa mas efecto (señaladamente en el ánimo de ciertas mujeres) que cien discursos en que se les pinte con colores muy vivos, la conveniencia y el provecho que les vendrá de admitir por marido á tal ó cual sujeto. Porqué ha de saber V. que la mujer antes que amorosa es desconfiada, y mas crédito da á la palabra escrita que á la palabra hablada.

—Las razones de V. me convencen, me satisfacen, y voy á aprovecharme del consejo en primera oportunidad. Pero...

—¿Se ofrece otro pero?

—No señor: nada de peros, que son de malísima digestion; sino que quisiera que V. me indicase el modo con que debía pasarle la carta, en caso de que eche mano de este recurso, sin....

—Nada de rodeos, ni de escondites: en propia mano debe V. entregar su letra de cambio, que de seguro la aceptan y pagan á los cinco ó menos dias vista.

—Temo que como ella es así tan...viva....

—Siempre con temores, Sr. D. Simon. ¿Cuando dejará V. de ser pacato? Escriba V. la carta lo mejor que pueda y sepa: ella la leerá, le hará pensar un poco, luego vendrá á mí para consultarme, y aquí la espero yo.

—Entonces le corroborará V. todo lo que la escribo, le hará presente mi cariño y los deseos que me animan....

—Haré todo lo que puede y debe hacer un padre por una hija que ama, —y por un amigo y paisano á quien desea dar mayor prueba de afecto.

Estrecháronse las manos con la mayor cordialidad y agasajo y se despidieron hasta la noche. D. Prudencio alegre, satisfecho, de buen humor, tomó la vuelta de su cuarto-escriptorio; mien-

trás que D. Simon bajando la escalera, contaba sus escalones con los piés, con las manos y con la caña que le servía de apoyo: tales eran las ideas que le ocupaban y suspendían. Y es fama, que aun por la calle fué contando las piedras, hasta que llegó á su casa que estaba situada al otro extremo de la ciudad, por el barrio de Santelmo. Jamás se vió hombre tan imaginativo, ni abstraído. A pesar de que con el continuo tráfico en dias de trabajo tenía que encontrarse con gentes y carruajes que le interrumpieran el paso, lo mas que hacía era detenerse por un instinto de conservacion; pero luego volvía muy ufano á su camino, sin levantar una vez siquiera la cabeza del suelo, ni volverla para ningún lado. ¿Iría él componiendo allá en la mente la carta declaratoria de sus ansias? ó le ocupaban á la sazón negocios mas positivos? Quien sabe.

VII.

Por el inmenso gentío
la buscaba yo á mis solas,
cual rompe un bajel las olas,
y busca en cielo sombrío
la luz del astro polar.

R. Palma.

Por fin, llegó la noche del baile en el elegante salon de la Sociedad Habanera. Desde las ocho empezaron á entrar señoras y caballeros, que llegaban tirados en muelles quitrines. Para recibirlos, había en el zaguan una porción de jóvenes, los cuales con la mayor urbanidad y compostura, les ofrecían el brazo para conducirlos al alto, donde estaba la sala del baile. Iban y venían sin parar, hasta que dieron las diez; hora en que no se esperaba mas gente y en que debía de estar comenzada la danza, ó en que por lo menos, solo el que contase con alguna familia conocida, amiga, ó pariente, podía hacer el sacrificio de esperarse abajo sufriendo el aire del norte que corría aquella noche algo sutil. En consecuencia, á dicha hora, el zaguan se vió desierto, á excepcion de los granaderos que hacían la guardia, y de un joven vestido con alguna elegancia, de largas melenas negras, ojos del mismo color, frente ancha, y de apacible semblante, que se paseaba con aire meditabundo por entre las blancas columnas de piedra que sostienen los corredores del interior.

Ocioso nos parece decir á nuestros lectores, que este jó-

ven era Jacobo Enamorado, porqué ya lo habrá adivinado, como así mismo el objeto que le detenía en el zaguan, no otro que el de aguardar á la familia de Sifuentes, la cual segun los informes de la mulata Anaclea, era mas que probable concurriese. Lo que no sabrá el lector, ni le sería fácil adivinar, es que durante los paseos de Jacobo, se apareció de la calle otro hombre, bajo de cuerpo, aire desmañado y de mal aspecto, aunque vestía decentemente, que sin entrar apenas, se situó en el umbral de la puerta, apoyándose en la gruesa caña que portaba, como en espera de alguien. Sonaron á deshora las ruedas de un carruaje, que llamó la atención del distraído jóven, y vino á toda prisa para el zaguan; pero encontrándose con aquel hombre allí de pié firme, en el que reconoció al momento á D. Simon Alegrías, no con susto, mas con inquietud estraña, volvió espaldas, y subiose al baile, sin haber averiguado á derecha y izquierda quienes fuesen los que llegaban.

Jacobo no conocía á este individuo mas que de vista. La primera vez que le encontró, fué en casa de D. Prudencio, donde estuvo como por acaso, con motivo del baile que ese Sr. diera la noche pasada para celebrar el grado de Bachiller en leyes de uno de sus hijos. Después acá, las palabras misteriosas de la mulata, que no tuvo tiempo de explicar, no dejaron de meterle en gran cuidado. Y el encontrársele allí tan de improviso, donde y cuando menos le esperaba, para un jóven de las imaginaciones de Jacobo lo tuvo por de malísimo agüero. ¿Qué puede traer á un baile de esta naturaleza, á hombres del carácter, costumbres y pensamientos de D. Simon? (que todo lo descubría su porte): imaginaba él por la escalera arriba.—¡El amor! Y el amor me trae á mí tambien. Veremos cual vence. ¡Oh! Dios no quiera que sea una misma el objeto de nuestras ansias. Porqué podría suceder que nos costase bien cara la competencia; á tí por viejo y á mí por jóven. ¡Dios no lo quiera!

Todos estas cosas prepararon y abrieron en su pecho ancha puerta á las diferentes y estrañas emociones que experimenta en un baile de nuestra tierra, el hombre verdaderamente apasionado. Ni necesitaba de mas para exaltarse su espíritu ya trabajado en largas cavilaciones amorosas. Apenas asomó por los corredores, cuando el rumor de las gentes reunidas en la sala para solazarse en inocentes placeres, le hirió en el corazon de enfermedad contagiosa. Ya dentro, se daba principio á la danza indiana; y á

poco mas por en medio el océano de luz con que hasta cien arañas inundaban el salon, se lanzó otro océano de armonía que puso en concertado movimiento á las dobles filas de impacientes bailadores.

Con el ruido, la confusion aparente y las luces del baile, las ideas que al principio ocupaban demasiado á Jacobo, sufrieron un cambio bien natural, aunque á primera vista parezca raro. Olvidado enteramente del hombre de la puerta, como del motivo que allí le traería; y creído por lo que tardaban en subir, que el carruaje que rodó abajo, no era el de la familia de Sifuentes,—medio que se persuadió que ya estaban dentro, y quizá bailando. Esta idea le hizo apresurar el paso, y se entró sin parar la atencion en ninguno de sus numerosos amigos que le codeaban casi por saludarle.

Su primer cuidado fué recorrer todo el salon de arriba abajo, atropellando por las dobles y apretadas filas de los bailadores.—Aquellas paredes blanquísimas, cual si fueran de fino mármol, reflejaban la viva luz de las arañas y candelabros esparcidos á trechos, derramándose sobre las cabezas y vestidos de raso blanco de las mujeres, que parecían encendidas rosas nadando en un mar de cándida leche. Por casualidad pasó delante del grande espejo con marcos de caoba que se halla colocado en el testero de la derecha, y la ilusion fué mas poderosa si cabe. Retratábase con la mayor fidelidad en su ancha luna, todo el cuadro vivo animado, y poético del baile. Jacobo se detuvo por contemplarle un momento. ¡Oh! Qué no hubiera dado él porqué entre tantos cuerpos, manos, gasas, flores, ojos y hermosas cabezas como pasaban, repasaban y se revolvían allí, se le hubiese aparecido de improviso la que buscaba! Cuán donosa, y bella, no la hubiera creído, al través de la luz y del espejo, aunque el brazo y el cuerpo de un hombre que la arrastrara bailando, le sombreara el limpio rostro! Pero no tuvo tan dulce sorpresa.

Al fin, no encontrándola en toda la sala, se dió á creer que ya no vendría. Sentose en un banco con cojines de grana, cerró los ojos, y quedó un buen espacio como agoviado bajo el peso de extrañas y revueltas sensaciones. Había mas de un año que faltaba de los bailes y de la Sociedad: todo por consiguiente lo encontró mágico y nuevo. Los hombres de las ideas de Jacobo, no se engolfan en los placeres de la multitud, ni entran á la parte con ella, sino cuando siguen un lucero, que se apagaría como

la antorcha en la arena, si ellos no cuidasen de arrebatarle de allí, para traerle á mas despejado cielo.

En aquel largo salon, no hay dudarlo, se hallaba entonces reunida la juventud mas bizarra y apuesta de la Habana. Señaladamente en los trajes de seda blancos, echábase de ver la largueza de las anchas sayas, que cayendo en ordenados pliegues hasta el suelo, ocultaban casi del todo los pequeños piés y daban cierto aire de modestia á las doncellas, y tan alta idea de su buen gusto, que embelesaba. Lo mismo acontecía con los tocados: reducidos á un cintillo de oro, perlas ó corales rodeando la frente, á algunas flores menudas ó lazo de terciopelo escondido en las suaves trenzas, dejaban enteramente al descubierto los animados rostros de las criollas. Los adornos, no ha mucho tiempo tan profusos, hoy veíanse concretados á una blonda ó encaje rodeando los hombros, á un cordon de seda ciñendo la cintura, á las mangas ajustadas con puntas, y guantes negros ó encarnados. Esto en lo general, que en lo particular había sus caprichos y rarezas, como sucede en todas las grandes capitales donde el imperio de la moda es tan pasajero.

Pero hete aquí que en lo mejor de la danza, se levantó un rumor entre varios jóvenes elegantes, que miraban el baile de pié, agrupados en la puerta del medio. Abriéndose en dos alas casi á un mismo tiempo, dieron paso á algunas señoras que entraban acompañadas de tres caballeros. El uno de ellos, era D. Prudencio Sifuentes; sus hijas y esposa, las señoras que conducían; D. Simon Alegrías, su gran amigo, el otro; y uno que no conocimos, mas sabemos que se les agregó abajo. Apoyadas en los brazos del último, venían delante Paulina y Orocia,—mas atrás D. Simon con Gabriela y Carlota,—y siguiéndolos á retaguardia, D. Prudencio con D^a Dolores Guzman, su mujer: la cual aunque entrada en años, no avergonzaba por cierto á ninguna de sus airo-sas hijas.

Acaso fueron ellas las últimas que entraron en el baile. Sea por esto, como porqué casi todas eran, que mas, que menos, lindas, como por sus trajes y adornos, que en todo mostraban su buen gusto y donaire para prenderse; la verdad es que llamaron la atencion general. Y señaladamente Paulina, que muy pocas veces se había presentado en la Sociedad. Bien es que vestía á la sazón con la mayor sencillez y elegancia. Su traje, era de razo blanco color de perla; sus adornos una ancha blonda rodeándole

poco mas por en medio el océano de luz con que hasta cien arañas inundaban el salon, se lanzó otro océano de armonía que puso en concertado movimiento á las dobles filas de impacientes bailadores.

Con el ruido, la confusion aparente y las luces del baile, las ideas que al principio ocupaban demasiado á Jacobo, sufrieron un cambio bien natural, aunque á primera vista parezca raro. Olvidado enteramente del hombre de la puerta, como del motivo que allí le traería; y creído por lo que tardaban en subir, que el carruaje que rodó abajo, no era el de la familia de Sifuentes,—medio que se persuadió que ya estaban dentro, y quizá bailando. Esta idea le hizo apresurar el paso, y se entró sin parar la atencion en ninguno de sus numerosos amigos que le codeaban casi por saludarle.

Su primer cuidado fué recorrer todo el salon de arriba abajo, atropellando por las dobles y apretadas filas de los bailadores.—Aquellas paredes blanquísimas, cual si fueran de fino már-mol, reflejaban la viva luz de las arañas y candelabros esparcidos á trechos, derramándose sobre las cabezas y vestidos de raso blanco de las mujeres, que parecían encendidas rosas nadando en un mar de cándida leche. Por casualidad pasó delante del grande espejo con marcos de caoba que se halla colocado en el testero de la derecha, y la ilusion fué mas poderosa si cabe. Retratábase con la mayor fidelidad en su ancha luna, todo el cuadro vivo animado, y poético del baile. Jacobo se detuvo por com-templarle un momento. ¡Oh! Qué no hubiera dado él porqué entre tantos cuerpos, manos, gasas, flores, ojos y hermosas cabezas como pasaban, repasaban y se revolvían allí, se le hubiese aparecido de improviso la que buscaba! Cuán donosa, y bella, no la hubiera creído, al través de la luz y del espejo, aunque el brazo y el cuerpo de un hombre que la arrastrara bailando, le sombreara el limpio rostro! Pero no tuvo tan dulce sorpresa.

Al fin, no encontrándola en toda la sala, se dió á creer que ya no vendría. Sentose en un banco con cojines de grana, cerró los ojos, y quedó un buen espacio como agoviado bajo el peso de extrañas y revueltas sensaciones. Había mas de un año que faltaba de los bailes y de la Sociedad: todo por consiguiente lo encontró mágico y nuevo. Los hombres de las ideas de Jacobo, no se engolfan en los placeres de la multitud, ni entran á la parte con ella, sino cuando siguen un lucero, que se apagaría como

la antorcha en la arena, si ellos no cuidasen de arrebatárle de allí, para traerle á mas despejado cielo.

En aquel largo salon, no hay dudarlo, se hallaba entonces reunida la juventud mas bizarra y apuesta de la Habana. Señaladamente en los trajes de seda blancos, echábase de ver la largueza de las anchas sayas, que cayendo en ordenados pliegues hasta el suelo, ocultaban casi del todo los pequeños piés y daban cierto aire de modestia á las doncellas, y tan alta idea de su buen gusto, que embelesaba. Lo mismo acontecía con los tocados: reducidos á un cintillo de oro, perlas ó corales rodeando la frente, á algunas flores menudas ó lazo de terciopelo escondido en las suaves trenzas, dejaban enteramente al descubierto los animados rostros de las criollas. Los adornos, no ha mucho tiempo tan profusos, hoy veíanse concretados á una blonda ó encaje rodeando los hombros, á un cordon de seda ciñendo la cintura, á las mangas ajustadas con puntas, y guantes negros ó encarnados. Esto en lo general, que en lo particular había sus caprichos y rarezas, como sucede en todas las grandes capitales donde el imperio de la moda es tan pasajero.

Pero hete aquí que en lo mejor de la danza, se levantó un rumor entre varios jóvenes elegantes, que miraban el baile de pié, agrupados en la puerta del medio. Abriéndose en dos alas casi á un mismo tiempo, dieron paso á algunas señoras que entraban acompañadas de tres caballeros. El uno de ellos, era D. Prudencio Sifuentes; sus hijas y esposa, las señoras que conducían; D. Simon Alegrías, su gran amigo, el otro; y uno que no conocimos, mas sabemos que se les agregó abajo. Apoyadas en los brazos del último, venían delante Paulina y Orocia,—mas atrás D. Simon con Gabriela y Carlota,—y siguiéndolos á retaguardia, D. Prudencio con D^a Dolores Guzman, su mujer: la cual aunque entrada en años, no avergonzaba por cierto á ninguna de sus airo-sas hijas.

Acaso fueron ellas las últimas que entraron en el baile. Sea por esto, como porqué casi todas eran, que mas, que menos, lindas, como por sus trajes y adornos, que en todo mostraban su buen gusto y donaire para prenderse; la verdad es que llamaron la atencion general. Y señaladamente Paulina, que muy pocas veces se había presentado en la Sociedad. Bien es que vestía á la sazón con la mayor sencillez y elegancia. Su traje, era de razo blanco color de perla; sus adornos una ancha blonda rodeándole

os hombros, un cordón ciñéndole el esbelto talle, un cintillo de corales que remataba en una florecilla sobre la frente, y una flecha de oro atavesada en la trensa, al uso de las Judías ó Hebreas.

Este adorno mujeril, en que todos repararon al momento por lo raro, las gracias inocentes y sencillas de la que le traía, junto con la novedad de su repentino aparecimiento, cual astro que amenazaba envolver á muchos otros en su carrera; atrajo las miradas del concurso, y la turba de aduladores de profesion, que nunca faltan en semejantes reuniones. Y tenían tan poco respeto, y fueron tan importunos, que no contentos con decirle al paso atrevidos requiebros, la siguieron á su asiento, y la circundaron allí, hasta impedirle la vista del baile.

Sirviolet de gran ocasion y estímulo, el ver que sus compañeros, así que la sentaron, la abandonaban por subirse al último piso, á jugar ó á beber. Algunos entonces se arrestaron á pedirle danza. Ella se negó á todos, prestando tener compañero, segun parece mas por aturdimiento y disgusto, que por falta de deseos de bailar. Pero ellos ni por esa entraron en moderacion. Y á tal punto llegaron con sus instancias, que Paulina, no sabemos si de enojo, si de rubor, al cabo se cubrió la cara con el abanico, y le dijo al oído á su hermana toda muy encendida.

—¿Ya lo ves Orocía? Lo que yo le decía á mamá, que por venir tarde íbamos á llamar la atencion de todo el mundo.

—¿Y quien tiene la culpa? Nadie mas que el calesero Dionisio, que se anduvo paseando desde las cuatro de la tarde hasta las mil y quinientas. Luego el empeño de papá en esperar á D. Simon, y D. Simon estaba cansado de aguardarnos en la puerta del baile. Ya yo había perdido las esperanzas.

—¿Has visto, hija, hombres mas majaderos? No tengo ganas de bailar ahora.

—No les hagas caso, y verás como se van.

—Si no me dejan respirar siquiera.

—Mira, mira mujer, quien está allí. Levanta la vista con disimulo, hácia la derecha. ¿No le conoces?—Le intetrumpió por lo bajo Orocía, estrechando su cara contra la de su hermana, y procurando con la mano izquierda volvérsela para el lado que le indicaba.

Paulina no tuvo mas que soslayar un poco el abanico, para encontrarse con las fijas y ardientes miradas de Jacobo, cuya bermosa cabeza cubierta de luengos cabellos negros, se asomaba

por cima los hombros de los importunos que la circuían. Ella no pudo sufrir aquellos ojos rebosando pasión, por un segundo; y bajó los suyos avergonzada y llena de una inquietud, cuya causa le era enteramente desconocida.

Y con la rapidez que vuela el pensamiento, acordose en un mismo punto, de que le había visto por la mañana; de la conversacion que sobre él tuvo con su mulata la noche anterior, y de la promesa que le hizo de cederle una danza, si en efecto se encontraban en el baile. Aun pasaba y repasaba por la mente estas cosas con prolija atencion,—cuando Jacobo, habiéndose abierto paso, después de cumplimentar á su familia, se llegó á ella, que era de las últimas; y en vez de contestar á su saludo, no hizo otra cosa que alargarle la mano y ponerse en pié.

Nuestro jóven quedó aturdido. Esperábala ofendida, desdichosa—¡y sin que le pidiese danza sale con él al puesto! ¿Qué será? Cómo combinar su esquivéz de por la mañana, con su amabilidad de por la noche? Acaso Anacleto se atrevió al fin á declararle la pasión que le había inspirado? Por ventura le amaba en secreto de antemano? ¿Quién sabe! ¿El rubor, la confusion que le entró al verle, el salir á la danza sin esperar á que se lo suplicase siquiera; no indicaba por lo menos un impulso oculto de su corazón, ya bajo el influjo de un afecto naciente? Porqué es presumible que ella no supiese que aquello era afición; mas no cabe duda que en el hecho de cederle la danza, le daba una prueba manifiesta de deferencia, vista su firme negativa á salir con otros muchos que antes de él la citaron.

De manera que Jacobo no sabía que pensar. Bien que el gozo de bailar con ella produjese en su ánimo algun trastorno, todavía parece duro creer que se le olvidara enteramente la promesa de la danza que ella le hizo la anterior noche, en su casa. Y así fué la verdad: que á acordársele allí, ya no andaría tan ufano. El no vió mas que un favor y una preferencia decidida, pues antes de acercársele, estuvo orgulloso regocijándose con los desaires que llevaron cuantos le precedieron. Sin embargo, á pesar de la lisonjera persuacion en que estaba, y á pesar de que bailó con Paulina una larga contradanza, ni cobró mas valor para declarársele, ni acertó á hablarle de cosas que atañesen á entrambos: tal era su timidez.

Jacobo tenía, es cierto, gran facilidad para esplicarse. Dios, que le concediera algunos dotes personales, no se olvidó de enri-

quecerle con un corazón tesoro de purísimos afectos, y una fantasía viva y amena: la cual derramaba torrentes de luz sobre todos los asuntos, por triviales que parezcan, que trataba su labio ó su pluma; pues era aficionado á las humanas letras. Paulina, aunque jóven de gran modestia, y por consecuencia de pocas palabras, mayormente con un hombre casi desconocido; no carecía de discrecion y talento. Diólo bien á conocer en muchas de sus respuestas: por donde si antes á Jacobo le aficionó su vista, ahora quedó prendado locamente de su trato. El no le murmuró de nadie: mas le habló de las mujeres en general, de sus trajes y adornos mas donosos, de la disposicion del baile, de la música, de la luz que inundaba los salones, de los pintorescos paisajes que en hermosos cuadros se veían colgados por las paredes, sobre cuyo tema, que le era bastante familiar, gracias á su gusto decidido por la pintura, dejó correr largamente la vena del entusiasmo y la inspiracion.

Al principio, la jóven solía responderle con rápidas observaciones, ya asintiendo, ya desintiendo; mas acabó por callar y escuchar en suspension profunda, visto que había alzado el vuelo á regiones sublimes del pensamiento, donde no era tan fácil alcanzarle. A su voz, como á la vara del mágico, aquellas mudas estampas se animaron, y los rios empezaron á correr por entre las quiebras de los montes, los pájaros batieron sus alas de variados matices sobre los mas altos pinos, en ligeros y blancos vapores se envolvieron las montañas;—y la cándida niña se cubrió de pavor al introducirse con él en los espesos bosques del continente americano: moradas un tiempo del hombre primitivo y de las fieras juntamente.

Sacando por la construccion volcánica de las montañas, el lugar de la tierra á que pertenecían los paisajes, pues nada se declaraba al pié de ellos; tuvo ocasion de pintarle los temblores que conmueven casi toda la América, de que no están tampoco exentas sus islas, y de los tremendos efectos que producen destruyendo ciudades enteras y sorbiéndose otras en un minuto.

—¿Y hay hombres que vivan en esos países?—le preguntó ella con asombro.

—El hombre, señorita, replicó él bajando del cielo de sus fantasías á sí mismo, el hombre es capaz de todo y no es capaz de nada. El hombre que dormiría tranquilo al pié de un volcan, ó en los bosques poblados de fieras; que lo emprendería todo por

alcanzar las riquezas de la tierra, los honores, la gloria; el hombre, digo, ante la mujer que adora es un niño, y peor á veces que un niño.

Paulina, ó tuvo por inconexas, ó no entendió, ó no quiso darse por entendida del fin á que las últimas frases de Jacobo se enderezaban. Ello es que de aquí adelante no habló palabra: en esto se concluyó la contradanza. Bien que, por otra parte, á duras penas podían sostener un diálogo continuado. A no mostrarse ella tan atenta, no pocas veces hubiera tenido el mancebo que romper el hilo de sus animados discursos, para no atarlos jamás. Las mil circunstancias y accidentes que ofrece la danza en su continuo movimiento y agitacion, no permite que se llene ninguna idea, por lacónica que se presente. Tambien es verdad que la viveza de la imaginacion de Jacobo, supo en mucha parte allanar estos obstáculos. Luego que se hallaba obligado á interrumpirse, no hacía mas que repetir ciertas palabras que le servían como de puntos fijos en su aérea navegacion, y el asunto de la plática volvía á correr fácil y con nuevas galas, aunque por diverso camino.

Todo lo cual ocasionó en el alma sencilla y pura de la doncella una vaga cavilacion y un embelesamiento tal, que cuando Jacobo la llevó de la mano al banco, se derribó en él, como desvanecida, exhalando un largo suspiro. Poco después llegó Orocía, que tambien estaba bailando, y advertida de que padecía por la palidez del rostro, le preguntó la causa con todo el interés de hermana.

—Me siento muy cansada, le respondió ella apenas. No parece sino que ha un año que no bailo. Estoy casi muerta de cansancio. Creo que no podré bailar mas esta noche.

—Vamos al gabinete. Te rociaré el pecho con agua de colonia. Lo que tienes no es mas que sofocacion.

—Vamos. ¡Pero quien nos lleva?

—Mamá.

—¡Y D. Simon? (Porqué se acordó entonces de D. Simon? Paulina no sabría explicarlo: nosotros tampoco.)

—Mírale. Ahí viene con papá.

—¡Ay! Esperemos á que se vuelva allá arriba para ir nosotras al cuarto, porqué no quiero que me dé el brazo aquí.

—No te apures, que él se lo brindará á mamita. Nosotras iremos con papá.

—Tú parece que no le conoces, Orocía. Fácil fuera que yendo las tres juntas, él tuviese la política de dejarnos por cumplir con mamita. Lo mejor es que aguardemos: yo sufriré un poco mas.

No parece sino que D. Simon las estuvo escuchando; porqué después de haberles hecho infinitas preguntas sobre el baile y el calor, (que no había,) y el polvillo que en densas columnas levantaban los piés de los bailadores, y sobre otras impertinencias que ellas oyeron á medias,—se les colocó al lado, y se cruzó de piernas en son de reposar lo que había estado engullendo arriba en compañía de D. Prudencio.

Y aunque las muchachas de impacientes llamaron al fin á su padre y le comunicaron en secreto el deseo de que las acompañara al gabinete, este las remitió á la madre; porqué á la sazón se hallaba enredado con un caballero su amigo en interesante plática sobre la baja del precio de los frutos del país. Para comunicarse dicho deseo á la madre tuvo que pasar el secreto, por boca de Carlota y Gabriela que estaban sentadas intermedio; de modo, que por muy pasito que hablaran, D. Simon que no era ningún sordo, ni tonto, lo llegó á traslucir y se brindó para llevarlas. No hubo remedio. D^a Dolores se puso en pié apoderándose del brazo de Carlota, y las pobres de Orocía y Paulina no pudieron reusar los dos que les presentó Alegrías, sin notarse de impolíticas. A Gabriela, como que no había bailado, la dejaron en los bancos con algunas amigas.

Al volver el corredor de la izquierda, para entrar en el gabinete, el vestido de Paulina, que iba á la derecha de D. Simon, se rozó con los piés de Jacobo: el cual se hallaba sentado tras de una columna. Como tenía la barba sobre el pecho y los párpados caídos, á semejanza de hombre que dormita, ella se persuadió que no la había visto.

La niña se engañaba de medio á medio. El la vió venir de lejos colgada al brazo de D. Simon, como un lindo aguinaldo á una cerca de piedra, y si tomó aquella postura de meditativo, fué por no poder reprimir la cólera que le abrasaba el pecho. Y aunque no la hubiese visto de antemano, solo el roce de sus ropas y el aire de su cuerpo, anunciaron su aproximacion al enamorado mancebo. Ella pudo advertir el estremecimiento y la palidez de su frente, aunque inclinada; lo que tiene es que iba tan ocupada en cubrirse con el pañuelo de olán que se había

echado al cuello para abrigo del aire frío, y apresuró tanto el paso, que no pensó en otra cosa que en trasponer cuanto antes el corredor, cual si así se hiciera invicible.

Habiéndose refrescado entrambas hermanas, se sentaron en un sofá, y dijo Orocia á Paulina.

—Con qué vamos, mujer: cuéntame como fué eso de bailar tú con Jacobo, que estoy curiosa de saberlo.

—Siendo. ¡Tú también no bailaste?

—Es que yo aguardé á que me citaran, como es natural, mas tú no, comadre.

—¿Jacobo no me citó?

—Al menos, yo no le oí.

—¿Pues á qué se me acercó él?

—A saludarte. Yo no le oí otra cosa que preguntarte, como estabas, y tú en vez de responderle: buena, ó cosa semejante, le diste la mano....

—¡Ah! Orocia, no digas eso! ¿Qué, yo estaba lela, ó en Belen por ventura?

—Así parece, hija. Lo que yo me persuado es que ya tú habías hecho ánimo de bailar con él, y en cuanto se llegó á saludarte, creiste.....

—Yo no, yo no,—replicó Paulina muy apurada y encendida la color del rostro.

—¿Luego, porqué desairaste á tantos otros como antes de Jacobo te citaron?—añadió Orocia con calma.

—Porqué yo no los conocía.

—Es que tú les contestabas que ya tenías compañero.

—Sí, para que no me importunaran. Pero ahora que me acuerdo, ¿tú no tienes presente que Jacobo desde anoche me pidió una danza para este baile?

—¡Demasiado que sí! Con todo, tú debías de haber aguardado á que te la volviese á pedir.

—¡Ay! Dios mío! ¿Qué pensará ese hombre de mí?

—Nada: que tú tenías muchos deseos de bailar con él.

—Por supuesto. ¡Ya tu ves, Orocia, lo que me sucede? ¡Y yo inocente y muy creída que él me había estado haciendo muchas instancias...! ¡Pero donde estaba yo? en qué pensaba? Qué se figurará ese hombre? Y echando los brazos al cuello de su hermana, escondía en su seno el encarnado rostro, para cubrir su vergüenza y su dolor.

—Ya. Pero no te aflijas, mujer, añadió Orocia acariciándola: por fortuna la cosa no es para tanto.

—¿Cómo que no, Orocia? Lo menos que dirá por ahí Jacobo, es que yo estaba muy deseosa de bailar con él, y por eso desprecié á otros. Dirá que yo le quiero; y es mentira todo. ¡Dirá tantas cosas de mí...! Pero no tenga él cuidado, que no se le va á lograr. Ahora verás como no bailo mas con él. Saldré con el primero que venga á citarme. Vámonos de aquí.

Y tomada esta pronta resolución, salieron del gabinete y entraron en la sala acompañadas siempre de Alegrías, que se mostraba mas fino y cumplido de lo que ellas quisieran y les convenía. Paulina en el firme propósito de no bailar mas con Jacobo aquella noche, experimentó cierto regocijo ó consuelo, al no encontrarle en el camino, ni verle entre la multitud;—pues estuvo buscándole con cuidado.

Cosa de un cuarto de hora después, entró Jacobo por la puerta de los cuartos de la derecha, y con lo primero que se dieron sus ojos fué con Paulina en pie, dispuesta para bailar un rigodon. Tras de las cuatro parejas que le componían, habíase formado un doble círculo de curiosos, que las estrechaban sin compasion ni miramiento. D. Simon y D. Prudencio por esta vez hacían parte: el primero, es preciso que confesemos que á no poder mas, pues era enemigo mortal de bailes; no así el segundo, que se embelesaba viendo á su airosa hija deslizarse como una sífide, entre torrentes de armonía.

Jacobo que no bailaba rigodon ni quería ver á Paulina bailando, por la sola razon de que no lo hacía con él, fué y se sentó de malísimo humor á esperar que acabasen, detrás del círculo de curiosos, aunque por la parte hacía donde ella estaba. Así que llegó su tiempo, hizo Paulina el *solo* que pide esa danza francesa en una de sus figuras, y resonaron estrepitosos palmoteos en loor de la interesante bailadora. Esto, como era de esperarse, apuró la paciencia de Jacobo; el cual se levantó y apresuradamente huyó al interior de los cuartos por no oír nada.

Cuando concluyeron el rigodon, retornó á la sala de nuevo. Encaminóse derecho á Paulina y le pidió una danza, manifestando en sus entreabiertos labios y en su despejada frente, la satisfacción interior de que no podía ni esperaba ser desairado. ¡Pero cual no fue su asombro y dolorosa vergüenza al recibir por respuesta;—que deseaban complacerle, mas que ya tenían un

compromiso con otro caballero.”—Vamos, señorita, añadió Jacobo, contando todavía con esperanzas de alcanzar algo, de mos que no sea esta contradanza, será la otra.—Tampoco,—fue le respondido con frialdad.—¿Ni la otra que debe bailarse?—Ni la otra. Bien que para esa hora ya nosotras no estaremos aquí, porqué nos retiramos temprano.—¿Y si no?—Si no.... Veremos. Saludola y fuese.

Efectivamente: á la una ó poco mas de la madrugada, aun no se había bailado la cuarta contradanza, y Paulina se alegró de que su padre las obligara á dejar el baile, por no verse en el compromiso de bailar con Jacobo. Pero al salir, no encontrándole en ninguna parte, por mas cuidado que puso en buscarle, sintió de repente oprimirsele el corazon, y mustia, intranquila bajó las escaleras, sin responder palabra á las impertinentes preguntas de Alegrías que no cesó de hablarle hasta que la dejó en el quitrín.

VIII.

—¿Que es aquesto, mi señora?
¿Qué es esto, Rosa florida?
O tenedes mal de amores
O estais loca sandia.

Romance antiguo.

A los diez minutos de rodar por las oscuras y torcidas calles de la Habana, los carruajes que conducían á la familia de Sifuentes, pararon en la puerta de la casa con balcones, que ya conocen nuestros lectores. Apenas entraron hombres y mujeres, en gran silencio y á semejanza de las monjas al toque de la queda, tomó cada una el camino de su cuarto y lecho, á gozar del sueño apetecido después de tres ó cuatro horas de danza y agitacion.

Paulina moraba en el primero de la sala, conforme lo apuntamos en otra parte. El gas que ardía en una redomilla de cristal metida en la bomba pendiente del techo, casi se había consumido, y en círculos de luz mas ó menos pálidos, mas ó menos vivos, amenazaba evaporarse del todo, alumbrando á medias los rincones y puntos distantes. A la manera que el amanecer entre las sierras, mientras se doran las cumbres, quedan en perfecta oscuridad los lugares bajos y profundos.

La transición repentina de la viva claridad del sarao, que competía con la del sol, á las tinieblas de su misterioso dormitorio, en el cual apenas se distinguían los muebles; no pudo menos

de impresionarle, y entonces con tanto mas motivo, cuanto que por la primera vez en su vida, iba á posar sobre la almohada de los sueños inocentes, una cabeza encendida y un corazon herido por invisible mano. Entrose pues de carrerita y se halló completamente sola en la mitad del cuarto. Como pájaro criado á la luz y en el ruido de los mares, aquella lobreguez, que tal podemos decir, y aquel silencio, le parecieron de muerte. Entrole miedo, y dióse á buscar con inquietud algun objeto en que poner los ojos, no obstante que la acordada música y las voces del baile aun las traía en el alma y en los oídos.

Pero esta suspension no duró mas de un minuto. Porqué en el mismo momento de llamar por su camarera, á favor de una llamarada que produjo el gas para extinguirse, descubriola que dormía sentada en el suelo á los piés de su cama, con los brazos cruzados y la cabeza encima. En tocándole en el hombro, despertó despavorida; que como tenía el sueño ligero y esperaba á su señorita, no hizo mas que dormitar. Todavía con las manos en los ojos, para despavilarse del todo, la reconoció al punto, y en la intencion de abrazarla con la alegría de verla, fué para ella esclamando y riendo:

—¡Ay! ¿Que era sumerced? ¿Qué tarde ha venido! ¿No es verdad que ya es muy tarde? Como me cansé de esperarla, me recosté un rato, y el sueño.... ¿Ha bailado mucho? Con quien bailó? Y la niña Orocia, la niña Carlota y la niña Gabriela, tambien bailaron?

—Apresúrate á encender una lámpara, porqué la luz de la bomba se apaga en este instante;—le respondió la jóven dejándose caer en un sillón que había allí á la cabecera de su cama.

La lámpara estuvo encendida en menos de un minuto.

—Ahora, continuó Paulina, desátame estos broches y estas cintas, que me oprimen mas de lo regular:— y se volvía de medio lado para que la mulata lo hiciera así.

Esta se puso de rodillas, mas por amor que por necesidad, y empezó á llenar los menesteres de su oficio, con gran tiento y cariño, aunque sin demora. Luego que hubo concluido con el traje, pasó al tocado. Aquí fué necesario volver á enderezarse. Desató el cintillo, quitó uno por uno los ganchos de alambre que sujetaban en lo alto de la cabeza la trenza; la cual desenvolviéndose de repente como una culebra, se tendió en toda su largueza por la desnuda y blanca espalda. Entonces Anacleto echando de ver que faltaba algo, esciamó en altas voces:

—Niña ¿y la flecha de oro?

—Ahí estará prendida.

—No, niña.

—Búscala bien.

—¿Qué! ¿Es tan chiquita, por ventura, para ocultarse así de mis ojos? ó yo no veo?

—Ello, de por fuerza ha de estar en el pelo, porque yo no me la he quitado para nada.

—Pues no parece ni viva ni muerta.

—Eso es que se me ha caído en el quitrín. Ahora recuerdo que traía la cabeza apoyada atrás, y con el movimiento, lo mas fácil es que se desprendiera....

E incontinenti la mulata por orden de su ama, bajó al zaguán con una luz, y en union del calesero y de otros criados de la casa, examinó los carruajes, las escaleras, y aquellos otros sitios en donde presumieron que pudo haberse caído la flecha: pero no la encontraron. Al otro dia bien de mañana, mandose registrar la sala de baile y el gabinete: tomáronse informes de las personas conocidas que habían asistido; inútilmente. Todos se acordaban haberla visto en la cabeza de la jóven, nadie en el suelo. Segun las palabras de la mulata:—no pareció ni viva ni muerta.

No era como quiera una pérdida, la de la aguja de oro; mas una pérdida irreparable, de verdadero sentimiento para Paulina. Porqué además de ser antigua y de un trabajo esquisito, se había perpetuado en la familia de su madre, como una prenda sagrada, á la que se enlazaban recuerdos muy gratos, de época bien remota. Su bisabuela, el primer dueño que se le conocía la llevó en la trenza la mañana de sus bodas, é hizo un matrimonio feliz; su abuela la llevó tambien, y le aconteció otro tanto; su marido fué un buen hombre en toda la estension de la palabra. Ultimamente, su madre, aunque alcanzó otros tiempos y otros usos, no se desdeñó tampoco de llevarla al altar, y su esposo D. Prudencio, era un modelo de esposos. Por donde se llegó á decir y creer como un artículo de fé, que aquella de entre la familia que la llevara el dia de sus bodas, no podía menos de *sacar* buen compañero: y al contrario, la que la perdiese, ó no se acordara de llevarla en la trenza.

Aunque Paulina no creyese en estos agüeros, como sacó la aguja por puro capricho, (pues no estaban de moda para el adorno de la cabeza entonces) y contradiciéndolo su madre, que ne

gustaba se empleara en otros usos que los dichos arriba; pesole en el alma de la pérdida. Lo cual junto con las escenas del baile, la trajeron cavilosa y sin sueño, gran pieza.

Es muy cierto que la jóven desde que se sintió aligerada de las ropas y adornos de fiesta, se metió en la cama, arrebuñándose entre las sábanas con el mayor esmero, como si de este modo viniese mas pronto el sueño á poner treguas en sus padecimientos. Pero ella seguramente que no hizo la cuenta con la huésped, esto es, con la mulata; quien no obstante que entendió la orden de callar que iba envuelta en la accion de encubrirse su señorita el rostro, se arrodilló junto del catre y se puso á conversarle. Este acto de desobediencia, no dejaba de tener disculpa, porqué en efecto el desvelo é inquietud de Paulina eran muy grandes y no cumpliera con los deberes de una buena amiga, que es lo que en el fondo venían á ser ama y esclava, si no le acudiese con algun remedio, que ya que no le curase, la aliviara al menos. Lo malo, que ella no era un hábil médico, que digamos; y para el género de mal de que adolecía su señorita, mucho menos; así que sus impertinentes pláticas, en vez de calmarla, no sirvieron mas que para exasperarla al punto de descubrirse, y pedirla por Dios que no le conversara.

Ya no había, pues, disculpa, ni disimulo para continuar Anacleto en su porfia, y tuvo que separarse del lecho y que recogerse al suyo de muy mal talante y llena de dudas.

Por fortuna, el sueño, mas poderoso que los cuidados que se disputaban el dominio en el espíritu de Paulina, la rindió primero que á su esclava; la cual desde su cama, apoyada en los codos y vuelta todo oídos, no parece sino que esperaba este momento con la mayor ansiedad: porqué de allí á poco, saltando afuera, y sin hacer cuenta de los zapatos, tomó una luz, y paso ante paso se encaminó al sillón donde la señorita había dejado todas sus ropas. Habiéndole alumbrado antes el rostro, y satisfecha de que en efecto dormía, se puso á examinarlas. Levantó primero el traje de raso, luego la camisa, después las medias de seda, y en fin la manta de lo mismo, hasta que dió con el *ridículo* de terciopelo negro. Descorrió el cordón conque se cerraba, metió la mano con mucho tiento, y no atrajo otra cosa que un pañuelo blanco de olan batista primorosamente bordado, junto con algunas sortijas. Volvió al instante estas prendas á su sitio, y habiendo arreglado lo demás, ya se dirigía á su cama, cuando el eco de un sus-

piro tenue, exhalado á pausas, y luego después el de un gemido sordo como de persona que solloza, la obligaron á pararse y poner toda su atención.

Repitiose el gemido mas trabajosamente arrancado todavía que el anterior: entonces no le quedó género de duda que partían del lecho y labios de su señorita y tornó á él. En alzándole un poco las sábanas del rostro, conoció con cierta pena que no lloraba, pues antes dormía profundamente. Los párpados ligeramente caídos ocultaban del todo el azul de sus tiernos ojos, á la manera que la mariposa oculta dos flores con sus alas; sus mejillas estaban teñidas de color de rosa muy suave, y su respiración aunque marcada por fuertes pulsaciones, era bastante libre. Y parecía tan linda así, que la mulata no pudo contenerse y le aplicó un beso, pero beso de fuego que le quemó los labios y la hizo removerse toda, y esclamar entre sueños:

—Quite, quite, atrevido! Déjeme V!

Al oír su voz, Anacleta, que la creyó de veras despierta, no tuvo otro recurso que matar la luz y derribarse á los piés de la cama; en cuyo mismo sitio á la mañana siguiente echó de ver con asombro que se había quedado dormida, cual una piedra.

Continuará.

La moral del Ajedrez.

(THE MORALS OF CHESS)

POR EL DR. FRANKLIN.



El juego del Ajedrez no es solamente un entretenimiento ocioso: varias calidades del espíritu, necesarias en el curso de la vida humana, pueden adquirirse y fortalecerse por su ejercicio, y hacerse tan habituales, que se presenten por sí mismas en todas las ocasiones; porque la vida es un género de Ajedrez, en el cual tenemos con frecuencia objetos de ganancia y competidores con quienes contender, y en donde hay una gran variedad de acaecimientos buenos y malos, que son por lo comun el resultado de nuestra prudencia ó de nuestra

alucinacion; y así jugando al Ajedrez podremos aprender:

1º La prevision, que tiende la vista á lo futuro, y considera las consecuencias de una accion, porqué esto ocurre á cada paso al jugador: "Si yo muevo esta pieza ¿igual será la ventaja ó desventaja de mi nueva situacion? Qué uso podrá hacer de ella mi adversario para dañarme? Qué otras jugadas podré hacer para sostenerla, y contrarrestar sus designios?"

2º La circunspeccion, que observa todo el tablero, ó escena de la accion; la relacion de las varias piezas, unas con otras, y su situacion respectiva; los peligros á que estan continuamente espuestas, la posibilidad de que se auxilien unas á otras, la probabilidad de que el contrario haga este ó el otro movimiento, y ataque tal ó cual pieza, y los recursos que nos quedan para evitar sus golpes ó volver contra él sus consecuencias.

3º El cuidado para no hacer nuestros movimientos con demasiada precipitacion: este hábito se adquiere mejor observando estrictamente las leyes del juego; tales como jugar precisamente la pieza que se ha tocado, ó dejarla una vez que se ha soltado &c.

De este modo, será el mejor medio observar las reglas para que el juego sea una imágen mas verdadera de la vida humana, y especialmente de la guerra, en la cual si un general coloca inadvertidamente sus tropas en una posicion peligrosa, no obtendrá graciosamente que los enemigos se las dejen sacar, y poner en lugar mas seguro; antes bien tendrá que sobrellevar todas las consecuencias de su temeridad. Y en fin, nosotros aprendemos por el Ajedrez el hábito de no desanimarnos por las malas apariencias que presenten el estado actual de nuestros negocios; el de esperar un favorable azar, y el de perseverar en la investigacion de los recursos. El juego está tan lleno de acaecimientos, da tantas vueltas, la fortuna es tan variable, y uno después de alguna contemplacion halla tan frecuentemente los medios de librarse de una dificultad al parecer insuperable, que se anima, á continuar el combate hasta el fin, con la esperanza de obtener la victoria por su destreza, ó á lo menos por la negligencia de su adversario; y así cualquiera que considere que en el Ajedrez se ven á menudo ejemplos que manifiestan que la ventaja es apta á producir presuncion, y por consecuencia inatencion, por la cual se pierde después mas de lo que se había ganado al principio, al paso que la desgracia produce mas cuidado y atencion, por la cual puede recobrase la pérdida; aprenderá á no abatirse

por la prosperidad presente de su adversario, ni á desesperar de una buena fortuna al fin, por cada ligero choque que recibe en la prosecucion de sus intentos.

Además de lo dicho hay otras razones que nos deben inducir á la eleccion de este benéfico pasatiempo, con preferencia á cualquier otro en que no se hallen las mismas ventajas, y es que se deben atender todas las circunstancias que pueden aumentar el placer, evitando al mismo tiempo cualquiera accion ó palabra indecente ó irreverente, ó que de cualquier modo pueda causar disgusto como contraria á la inmediata intencion de los jugadores, que es pasar el tiempo agradablemente.

1º Por consiguiente; si se ha convenido en jugar segun las reglas del juego, estas reglas deben ser estrictamente observadas por ambas partes; y no se debe insistir en ellas por una, mientras la otra se desvía de ellas, pues esto no es equitativo.

2º Si se conviene en no observar las reglas exactamente, porqué alguno de los contrincantes pide indulgencia, él debe permitir al otro el mismo desahogo.

3º No se debe hacer ningun falso movimiento para librarse de alguna dificultad, ó ganar alguna ventaja; pues nadie querrá jugar con un hombre que haya sido cogido una vez en tan indecente manejo.

4º Si vuestro contendiente tarda mucho en jugar, no se le debe dar prisa, ni manifestar disgusto por la dilacion, ni sacar el reloj, ó tomar un libro para leer; ni se debe cantar, ni silvar, ni enredar con los piés en el suelo, ó con los dedos en la mesa, ni hacer, en suma, ninguna cosa que pueda distraer su atencion; porqué todas estas cosas desagradan, y dan prueba, no de vuestra destreza, sino de vuestra superchería y brutalidad.

5º Tampoco se procurará divertir y engañar al contrario, pretendiendo haber jugado mal, y diciendo que se tiene perdido el juego, con objeto de inducirle confianza y hacerle menos cuidadoso á vuestras jugadas; porqué esto es fraude y engaño, no destreza en el Ajedrez.

6º Después de haber ganado una victoria no se deben usar espresiones triunfantes ó insultantes, ni mostrar mucha complacencia por su habilidad, antes bien se procurará consolar al adversario, y reconciliarle consigo mismo, con palabras civiles y generosas que puedan decirse con verdad, como v. g. V. conoce el juego mejor que yo, pero tuvo alguna falta de atencion; ó V.

jugó demasiado aprisa; ó V. tenía el juego mas bien puesto que yo, pero alguna cosa que le distrajo cambió el juego á mi favor.

7º El que sea espectador mientras otros juegan, debe guardar el mas profundo silencio, pues si da algun aviso ofende á ambas partes: aquella contra quien le da, porqué puede ocasionar la pérdida del juego; aquella en cuyo favor le da, porqué aunque sea bueno y le siga, pierde el placer que habría tenido si se le hubiese dejado pensar hasta que le ocurriese. Ni después de uno ó varios movimientos se sacarán las piezas de su sitio para mostrar que en otra parte estarían mejor, porqué esto incomoda, y ocasiona disputas ó dudas sobre su verdadera situacion.

Toda conversacion á los jugadores disminuye su atencion y la distrae, y es por consiguiente desagradable; tampoco se les debe dar la menor incomodidad por algun género de ruido ó movimiento: el que esto hace es indigno de ser espectador.

El que desee ejercitar ó manifestar su juicio, hágalo en su propio juego, cuando tenga oportunidad, sin entremeterse á criticar ni aconsejar en el juego de los otros. Ultimamente, cuando en el juego no se siguen rigurosamente las reglas arriba mencionadas, se deben moderar los deseos de la victoria y procurar la complacencia de su contrario, á costa de sí mismo. No arrojarse ansiosamente sobre cada ventaja que ofrezca la falta de destreza ó de atencion del contrario, sino avisarle generosamente, la corrija. Por esta desinteresada cortesía sucederá que algunas veces perderá el juego; pero se ganará lo que vale mucho mas: la ces estimacion, el respeto y el afecto del contrario, juntamente con la silenciosa aprobacion y buena voluntad de los espectadores.

Cuando un jugador que ha perdido, trata de cubrir su desgracia con mentiras, como: "Yo no me he detenido el tiempo suficiente en las jugadas: su modo de abrir el juego me confundió: las piezas son de un tamaño desusado &c; semejantes apologías (para no darlas peor nombre) le rebajan á los ojos de una persona entendida, de su concepto, tanto en cuanto hombre, cuanto como jugador de Ajedrez; y quien no sospechará que el que se ampara de la mentira en tan frívolas materias, no tenga una moral mas robusta en cosas de mayor consecuencia en que su fama y su honor esten en peligro? Un hombre, que tenga un orgullo bien puesto se desdenará de valerse de semejantes excusas una vez que haya sido batido, aun cuando sean verdaderas; porqué todas ellas á primera vista tienen una grande apariencia de ser falsas.